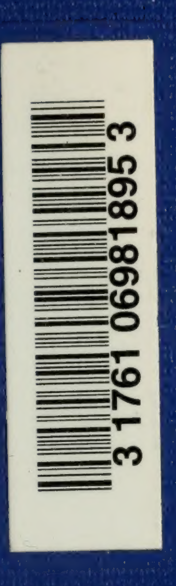
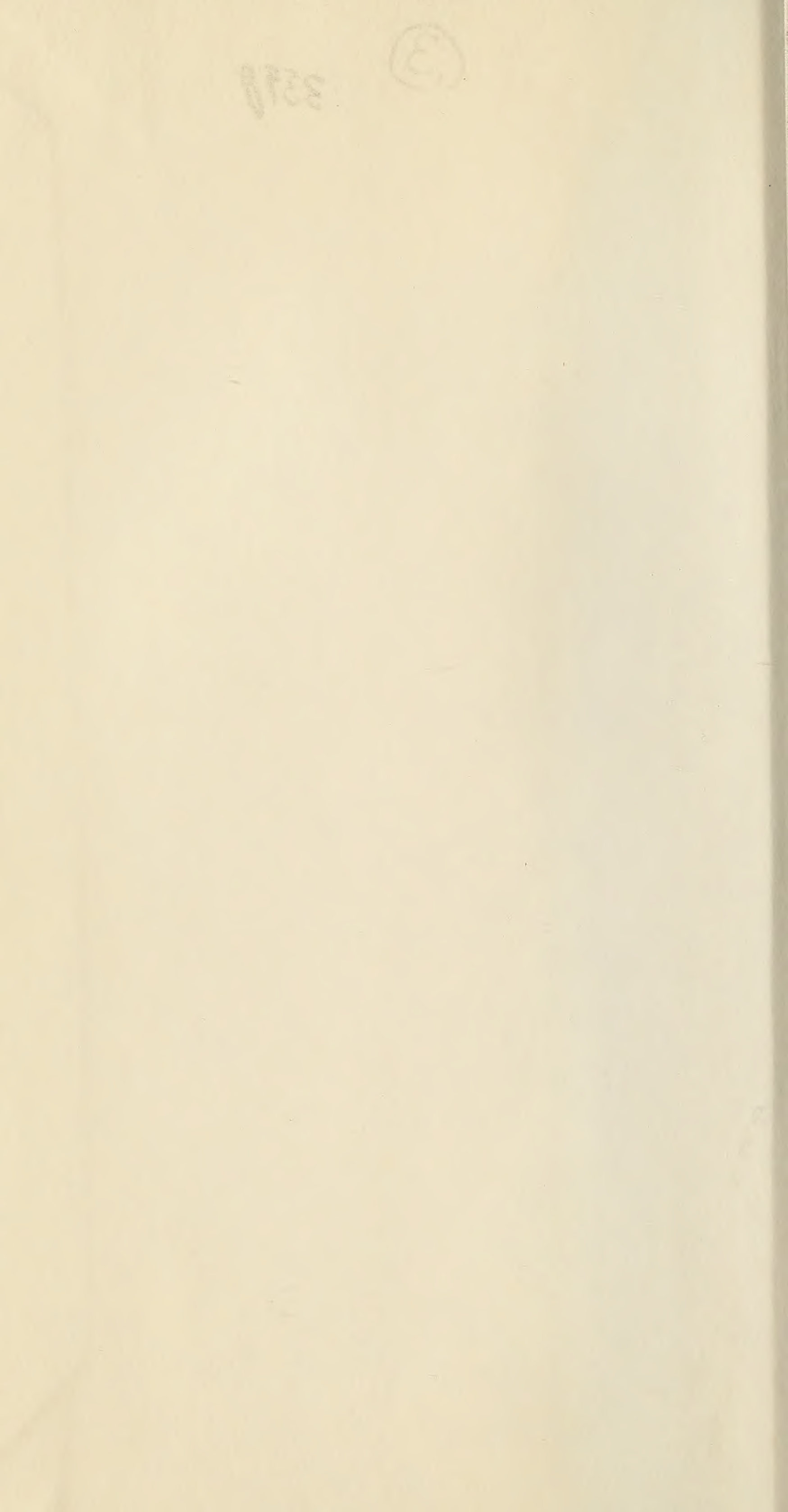

3 1761 06981895 3



MARTÍN C. ALDAO

Escenas y Perfiles



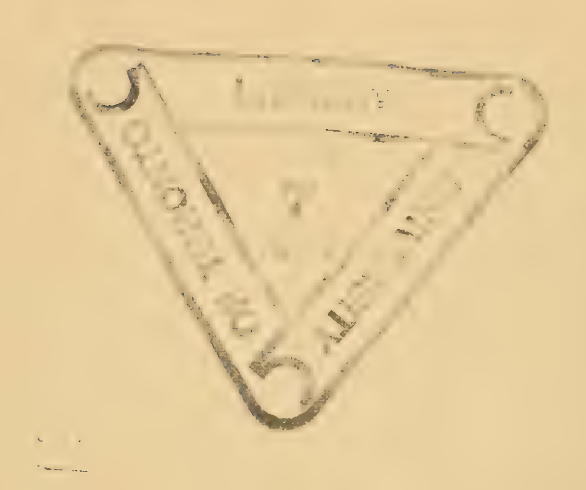
BUENOS AIRES
ARNOLDO MOEN, EDITOR
FLORIDA, 323

1903



INDECISIÓN

Á Carlos Ibarguren.



I

INDECISIÓN

Los dos amigos — después de la comida — se dieron la mano en la puerta del Café de París :

— ¿Y, decididamente, no vas?

— No voy. No quiero asistir al casamiento de esa mujer...

El que iba á la fiesta partió en coche; el otro tomó por Cangallo, hacia Florida. Caminaba despacio, el sobretodo puesto, las manos en los bolsillos, un cigarro en la boca. Se detuvo, hesitando, en la esquina de las dos calles, y, bajo la luz del foco eléctrico, su figura distinguida se dibujó netamente. Alto, atildado,

elegante, con un aspecto de fuerza y, á la vez, de indolencia, podía creérsele, de lejos, dandy profesional. Pero su cara, larga, de finos y acentuados rasgos, ojos obscuros y mirada inteligente — amalgama de energía y de tristeza — reflejaba su sér íntimo, con las luchas de su alma y las luces y sombras movibles de su pensamiento...

Julián del Sarte miró rápidamente á ambos lados de la calle Florida, reanimada, en esos momentos, por la concurrencia de las noches benignas, noches benignas de final de otoño : la gente pacífica, satisfecha, en plena beatitud de digestión; los grupos alegres y noctámbulos, que la recorren antes de dispersarse á sus mil rumbos; la fresca adolescencia, excitada y precoz, que comenta sus andanzas del día y se traza el programa de la noche; una que otra dama solitaria, caminando, muy tiesa, al són de su paso matemático, la mano izquierda recogiendo la saya, la mirada incendiaria para... sentidos flamantes ó seniles; el chico, el pobre, el provinciano recién llegado, que experi-

mentan como nadie, el placer de pasear á esas horas, y detenerse absortos ante las vidrieras opulentas, desbordantes de luz...

¿Seguiría por Florida? No tenía rumbo, pero sintiéndose triste, deseaba andar solo. Por Florida podía encontrar al « importuno » — entidad difundida — y además iba á rozarse con esa multitud heterogénea, él que no amaba las aglomeraciones... Enfiló por Cangallo, apresurando el paso, anheloso de soledad y de sombra. No podía desechar de su espíritu el casamiento de esa noche. Hacía quince días, un mes, más aún, que se comentaba minuciosamente, en los diarios, en los corrillos sociales, en todas las charlas; era el tema predilecto, « todo un acontecimiento », como lo calificaban los cronistas de la prensa. Y esa ostentación vulgar, ese exhibicionismo aparatoso, que él consideraba de mal gusto, aunque de ordinario érale indiferente, lo preocupaba en este caso, y, removiendo sentimientos muy íntimos, amargaba sus horas, le producía en su alma un estado enervante, tedioso, gris...

~

Pasaba un coche; lo detuvo.

— ¡A Palermo!

Y casi echado en los cojines, el sombrero inclinado sobre los ojos, se dejaba llevar, abstraído, estimulado el pensamiento por el rodar monótono del vehículo.

¿Era la influencia de las circunstancias? Con su facilidad de memorioso, recordaba claramente el pasado. Acudíanle imágenes de la infancia. Y procuraba retenerlas, las encontraba á un tiempo desoladas y sonrientes. Veía su hogar, opulento y feliz, fiel reflejo del respeto y cariño que difundía su padre. Y veía á éste, con su gran barba entrecana, los ojos luminosos y enérgicos, la alta frente pálida y serena, y aquella elegancia y distinción de toda su persona. Orador político de vuelo, de vibrante elocuencia, era sobre todo, como se dijo, un alma de artista griego

encarnada sin duda por azar, en nuestro ambiente. Había hecho de su casa un museo, enriqueciendo sin descanso, durante años, con un discernimiento refinado, su colección de cuadros y de muebles raros, de gobelinos, de bronces, de mármoles y *bibelots* antiguos y modernos. Hubiera sido, en todo, su gran maestro; hubiera educado como nadie su corazón y su cerebro. Pero murió cuando Julián entraba en los quince años... Con el recuerdo de ese hombre, para él incomparable, erigió el templo secreto. Vivía persuadido de que el país perdió con él su figura más hermosa, y el olvido público de esa tumba — lo cual consideraba Julián como síntoma del medio y de los tiempos — ese olvido injusto y cruel, era una de sus tristezas...

En ese templo secreto, estaba también su madre : mujer buena, discreta, fina, uno de esos seres modestos, que se esfuman, un corazón henchido de delicadezas y ternuras. De salud endeble desde el nacimiento de su hijo, siempre enferma, había llevado una existencia se-

rena al lado de los lustres del marido, deslizándose suavemente en aquel hogar de cariño y de arte, irradiando, inalterable, la sonrisa dulce de su alma. La recordaba con honda melancolía... Murió poco después que su marido, como llevada por él, como atraída por la omnipotencia de aquella voluntad...

Julián y su única hermana, adorable criatura dos años menor que él — el solo vínculo encantador de su existencia — quedaron bajo la tutela de un pariente solterón, adusto, egoísta y sin pasiones, que, con apariencias paternales, se desentendió de la tarea mediante un internado riguroso : á él en un colegio inglés, á ella en el *Sacré-Cœur*.

Y Julián comprendía ahora que la amargura de esos comienzos contribuyó primordialmente á producir la intensa complejidad de su carácter. La timidez nativa, favorecida de tal modo, determinó en él una reconcentración tenaz, el hábito de la reflexión tranquila y solitaria, la reserva cuidadosa de los móviles, á esa edad de expansiones espontáneas é incons-

cientes. En el colegio, consagrado al estudio, á una labor perseverante, desplegando positivas cualidades intelectuales, conquistó los primeros puestos en la clase, y con ello, naturalmente, suscitó envidias, que morigeradas por la sencillez de sus maneras, por un disimulo instintivo de su superioridad y sus ambiciones, no tardaron en transformarse, algunas por lo menos, en sumisión á su ascendiente amable. Adquirió el « prestigio de las aulas », y, al entrar á la Facultad de Derecho, iba preparado á consolidar ese renombre. Tiempos de ingenuidad! buenos tiempos aquéllos!...

Luego, la vida, el ascender de la savia generosa. Casi un niño, expedito el camino por las ventajas del apellido y la fortuna, se lanzó con fiebre á la sociedad, á la corriente mundana. Y recordaba, preciso, cual si hubiera acontecido la víspera, el baile donde conoció á la mujer que hoy, á esa hora quizá, bajo el velo blanco y los azahares, entregaba su destino... Recordó las emociones de la noche, de aquella noche —

página de su historia que acaso deseara eliminar — la nerviosidad, la impresión perturbadora de su alma, impresión definitiva, *única* en su vida... Y, enajenado, evocó la silueta de ella, la silueta de entonces. Era admirable. Había emanación misteriosa de gracia y de vida en ese rostro de tez morena ; en los ojos negros, enigmáticos, cautivadores ; en las líneas fugitivas de su cuerpo, y hasta en la voz, un tanto ronca y, sin embargo, dulce... Conversó con ella largo rato. La charla deslizóse interesante. ¿Sobre qué? Sobre nada, trivialidades. Empero, ahí estaban la mirada y la sonrisa, convencionales tal vez, pero que penetran, acarician, animan... Fué una impresión intensa y delicada. En su apacible gabinete de estudio, lo tuvo insomne en un sillón, la cabeza hundida entre las manos, el romanticismo inconfesable... ¡Qué sutilísima ironía debió rozar los labios del abstraído paseante, inmóvil en el coche que descendía, en esos momentos, la ligera pendiente de la Recoleta, camino de Palermo!...

Desfilaban los recuerdos. Inició los festejos, franca, espontánea, lealmente, con impulsión candorosa, reveladora en él de un inexperto, bajo las pretensiones de observador y de psicólogo. Ella le devolvía sus miradas, sus ardientes miradas, con otras, furtivas, alternadas, henchidas de promesas. Él las veía así, al menos, creyendo en el valor de la mirada, olvidando que la mujer que mira no es siempre la mujer que acepta. Y en la primera ocasión — una kermesse — declarósele, de improviso, en plena ignorancia de los matices del sentimiento. Ella, muy poco menor que él, de veinte años, con dos ó tres de continua frecuentación social, propicios á la modalidad femenina, precozmente desarrollada en este caso, no lo consideró sino como el cortejante que realza, el cortejante á propósito para exhibir á las amigas, el enamorado sin trascendencia cuya pasión de adolescente es divertido alimentar. Era, como ella misma decía, « demasiado chico ». Y, satisfecho el amor propio, lo relegó... Después, la vanidosa confidencia

á las amigas, la voz circulante, la sonrisa compasiva... Las frases de él corrieron modificadas, satirizadas : malignidad de los círculos más que intención aviesa de la criatura encantadora...

Julián estaba en la edad en que esas impresiones dejan huellas duraderas, y fijan, con frecuencia, rumbos definitivos á existencias vacilantes. Agriado el carácter, se retrajo un poco de la sociedad, hasta de los amigos, y se ingenió en suprimir todas las exterioridades que pudieran ser ridículas. Retirado en la penumbra, volvió con pertinacia á sus estudios de derecho, é inició ávidamente lecturas filosóficas. Se impregnó de Schopenhauer, de Renan, de Niestzche. Cultivó también, con ahinco, la morbosa literatura francesa contemporánea. Todo esto era un mundo nuevo. Su alma experimentaba raras sensaciones, refinamientos de sensaciones. Y lo embargó la inevitable crisis, la visión interna, disolvente y fría, de la nada de las cosas, de la esterilidad de todo esfuerzo. Lo sugestionó la idea de la

trivialidad de la vida. Conoció la angustiosa miseria del desencanto... Y hubiera sido una víctima segura, sin el impulso decisivo de la energía innata, desenvuelta en la larga y vigorosa disciplina del trabajo diario. Así, desvanecidos los ensueños, perdidas las ilusiones, y sintiéndose con fuerzas, sin embargo, con ambiciones, con anhelo de imponerse, de vencer en la comedia humana, encaró resueltamente el problema de la lucha positiva...

Y en la sociedad, en los mejores bailes, en los teatros, Julián paseó de nuevo, con disimulado escepticismo, su alta figura distinguida y la mirada compleja de sus ojos obscuros. Vivía en una perpetua actividad de pensamiento. Estudiaba, tranquilamente, en su casa, dos, tres, cuatro horas; estudio metódico, eficaz. Después, concurría á las fiestas; frecuentaba, como simple curioso, á los hombres de todos los círculos; conversaba con niñas y señoras, mediante el viejo procedimiento del equilibrio intelectual, por él hábilmente renovado.

Era simpático, buscado y estimado, pero nadie lo conocía en lo íntimo, á nadie había descubierto el fondo de su alma. Ese estudio minucioso, esa disección fina y tenaz de la sociedad, de los hombres y de las cosas, del juego complicado de las pasiones y los intereses, de los resortes que los activan ó atemperan, y determinan los efectos; esa sed implacable de conocer la vida, no trascendía de sus labios sino en alusiones vagas, involuntarias, pronto dominadas... Se le tenía por un selecto diletante, un muchacho inteligente, de porvenir seguro. Era un papel muy cómodo, y, representándolo, se entretenía...

Mientras tanto, la decepción aquélla había dejado surco imborrable en su amor propio. Quizá también no le faltara el sentimiento... Y al ver pasar á esa mujer, por todas partes, experimentaba siempre el secreto atractivo, el veneno traidor que penetra sin sentirselo. Pasaba, pasaba, cada vez más seductora, más prestigiosa, en su triunfo de vida y de gracia.

Llenaba los salones, atraía las miradas, dominando dulcemente. Y « rechazaba »... Eran ya varias las víctimas. Se la creía « difícil »... Pero todo eso no podía amedrentarlo. Él miraba las cosas con criterio propio. Observaba que esas « difíciles » son, casi siempre, de una dificultad muy ilusoria. Había visto doblegarse á tres ó cuatro, después de tanta alternativa, en poco tiempo... Por otra parte, estaba convencido de que su fracaso se debió especialmente á su absoluta inexperiencia de aquellos primeros años. Fué un « chico ridículo », ignorante del camino del corazón... Pero ahora, avezado, frotado ásperamente por la vida, ágil la inteligencia por la observación y la lectura, hombre ya, con ascendiente social, « todo un partido », bien podía imaginar posible la conquista...

Y, por esta idea aguijoneado en lo más íntimo, reanudó con cautela los festejos, en Palermo, en los teatros. Procedió calculada y gradualmente. Con general sorpresa, se acercó á ella en una tertulia familiar, é inició

un *flirt* breve, insinuante, vivaz. Fué parco y diestro. Se retiró comprendiendo haberla interesado. Lo vió en la mirada: de sorpresa primero, ella que sin duda conservaba la impresión risueña de años antes; de atención involuntaria después; lo vió en su rostro, en ese rostro encantador, en el fino matiz indefinible. Se le acercó otras veces, en otras fiestas, con idéntica estrategia. Por fin, poco tiempo más tarde, al terminar un baile, tras una larga charla significativa, juzgando crítico el momento, la apartó del torbellino. Se sentaron en una salita apenas concurrida. Y la habló, con voz turbada por una vaga emoción, traslucida á pesar suyo. Con palabras que brotaban difíciles y dejaban penetrar más allá de lo que envolvía su concepto, le habló de los sentimientos siempre experimentados hacia ella. Y con irónicas reticencias sobre aquella declaración pueril, dejó trascender un doloroso escepticismo de sí mismo, un desistimiento de buscar la felicidad, originado por el recuerdo de sus primeros pasos

en la vida, por la desgracia que parecía perseguirle; escepticismo resistido, sin embargo, por los anhelos de su alma apasionada y leal...

¡Qué honda impresión en ella! Muy pálida, velada su pupila, los labios ligeramente contraídos, perdido por un minuto el poder del disimulo, Julián la recordaba ahora, angelical, dejándolo hablar, como hechizada por el dulce ritmo de una melodía misteriosa... Después, reaccionando de súbito : « Veo que es usted sincero, le dijo. Pues bien, en la primera ocasión que nos veamos, hablaremos seriamente... » Y se separaron.

Luego... las ideas que surgen en tropel, el exceso de análisis, la deplorable Indecisión con sus proyecciones múltiples... A pesar de todas las ventajas, ¿le convenía esa mujer? Él era ambicioso; creía en su figuración política, en su dominio social; no era cosa de precipitarse á un desenlace que podía resultarle un serio error. Y, lo más grave, ¿estaba realmente enamorado? ¿no era un ca-

pricho engañoso? En fin, quería esperar, meditar el caso. Y, convencido de que una nueva entrevista sería decisiva, para desistir ó concertar, — convicción corroborada por la actitud al parecer resuelta de ella, las pocas veces que se vieron, de lejos, — Julián la evitó, faltando á todas las fiestas...

Y ahora se explicaba, cabalmente, el rápido proceso que su incorrecta actitud determinó en esa mujer de alma apasionada. Sorpresa manifiesta, primero — él la notó en sus ojos, más de una vez, al pasar — luego, la duda; la indignada persuasión, por fin, de que él se había vengado del rechazo de años antes... Y revivió, no sin dolor, el desenlace: fué sin palabras, á la distancia, saludos glaciales, miradas suprimidas... Y él, el psicólogo, extrañado al principio, viendo á medias más tarde, esperaba, esperaba, creyendo siempre que era, en definitiva, lo preferible. Dejó transcurrir algunos meses, con la intención de reanudar un día ú otro. En su concepto, era ocioso inquietarse : ella conservaba un solo cortejante, la figura

repetida del mozo de sociedad, acaudalado y mediocre, absolutamente mediocre, « un incapaz de enamorar, según Julián mismo lo decía, á una mujer inteligente ». Lo llamaba « mi rival, el de reserva », recordándolo con el irónico desdén del triunfador. Y, sin embargo, de pronto, trás el susurro vago, el anuncio formal del casamiento : ella con el otro, « el de reserva » !...

Rodaba, rodaba el coche, camino de Palermo. Julián del Sarte no había mudado de actitud, cual si una especie de letargo lo tuviera postrado en los cojines. ¡ Ah ! el triste drama sin formas !... Ahora se creía enamorado...

De súbito : « ¿ Y más tarde ? » — se preguntó. Nó, imposible. Era de la raza de las buenas, de las intachables. Se resignaría, se aplanaría bajo la vida, y, agradecida á ese hombre bueno, enamorado y, sin duda, dispuesto á brin-

darse á sus caprichos, quizá concluyera por quererlo. Y esta idea se le impuso omnipotente, en el culto delicado y viril consagrado en su corazón á esa mujer. Todo era inútil...

Incorporóse. « Ya en Palermo! » — exclamó. Estaba tétrico, Palermo, á esas horas. Era una masa densa de tinieblas, rasgada, de trecho en trecho, por la luz de las lámparas eléctricas...

— ¡Volvamos! ordenó al cochero.

Y, extenuado, se abandonó de nuevo en el asiento. Posiblemente, los sentimientos subyugadores de su alma, se exteriorizaron en su rostro. Tal vez lloró; pero, en el fondo del vehículo, las sombras lo ocultaban, protectoras...

BRUJAS LA MUERTA

Á Enrique Rodríguez Larreta.

II

BRUJAS LA MUERTA

Desde mi ventana del hotel miro la Gran Plaza. El crepúsculo otoñal desciende de lo alto, y pone en los seres y las cosas, tonos lívidos, sombras alargadas...

Contemplo la silueta imponente de los Mercados. El enorme cuadrilátero perfila en el cielo pálido de Flandes, su magnífico *beffroi,* maravilla del arte gótico, himno corporizado en la piedra, evocador de la historia sangrienta y gloriosa de la ciudad. Teñida vagamente de rosa por los últimos resplandores del ocaso, la torre se yergue, sobre la base, obscura ya, altanera y dominante. En medio, el reloj, todo

de oro, marca las cinco. Y tras las campanadas, amplias, graves, solemnes, el *carillon* esparce, en el silencio profundo, los acordes de una melodía plañidera...

El pasado de Brujas!... Todo lo evoca en la Gran Plaza. El monumento de Breidel y de Coninc, en el centro, muestra la imagen de esos dos hombres extraordinarios de la plebe, fogosos, brutales, heróicos, figuras soberbias que, en la lejanía de los tiempos, adquieren aspecto legendario. Recuerdan las terribles luchas comunales... Recuerdan los *Maitines brujenses,* la carnicería de franceses, despiadada y feroz, el trágico despertar comparado en la historia con las *Vísperas Sicilianas*... Recuerdan el combate de Grœninghe — la célebre batalla de las « espuelas de oro » — fantástico, casi inverosímil, donde pereciera, á manos del comunismo brujense, indisciplinado y fanático, la flor de la nobleza de Francia...

En una encrucijada, el viejo hotel del Cra-

nenbourg nos habla de Maximiliano de Austria. Allí estuvo quince días prisionero — prisionero de este mismo pueblo entonces ensoberbecido y pujante — ese famoso « rey de los romanos », falso, vengativo, siniestro, que una vez libertado, mediante los oficios del papa Inocencio VIII, apresuróse á violar su público y sagrado juramento, é infligió á la ciudad el crimen, el saqueo y la ruina...

Todo evoca el pasado : los edificios, modelos del puro estilo flamenco, de fachadas triangulares y dentadas; los zócalos, las molduras, los bajo-relieves; la ojiva, tenue como encaje; — en los muros, la pátina de los siglos... Y la quietud divina... Y la belleza mortuoria... Todo habla de la Edad Media, como si el destino, compadecido, hubiese querido reservar intacto, este ambiente incomparable, para los soñadores de la tierra...

… En París, en el Museo del Luxemburgo, hay un curioso pastel de Lévy-Dhurmer, que ha atraído algunas veces mi mirada. Produce artificiosamente la impresión de haber utilizado, el pintor, la fotografía de un poético canal de Brujas, obtenida en el momento mismo en que se interponía de improviso, entre el objetivo y el panorama, la figura de un hombre. Éste, de frente y en primer término, malograba así el propósito del fotógrafo, puesto que ha resultado un « retrato » con fondo de « paisaje urbano »…

Ese hombre es Georges Rodenbach, el poeta indeciso, sutil, enervado, el cantor crepuscular de *Brujas la Muerta*.

Su recuerdo me persigue al recorrer tranquilamente, en estos días grises, las calles y los canales de Brujas, apacibles, desiertos,

llenos de misterio... Parece guiar mis pasos. Y me obsede su imagen fina, su mirada de sombra, ondulante como su alma, y la pálida sonrisa, que acentúa su fisonomía de otros tiempos, « semejante á un retrato de 1830 ».

Nadie ha sentido y expresado como él la honda melancolía de esta « ciudad del silencio ». Era su pasión vibrante. La quería con amor, como si fuese una mujer... Viviendo en París, amigo de Goncourt y de Daudet, gozando de las dulzuras de la civilización y de la fama, su refugio preferido era, sin embargo, Brujas. Como el Hugo Viane de su romance, su temperamento delicado encontraba en este ambiente taciturno, una ecuación misteriosa. Se establecía un íntimo consorcio entre el alma de la ciudad y su propia alma. Y las páginas que ha dejado, cinceladas, exquisitas, sugerentes; sus cuadritos, minuciosos como miniaturas de Hans Memling, son las páginas más intensas y más bellas escritas sobre Brujas...

Hans Memling!...

Esta mañana me despierto con la « pasión de los cuadros », y, siguiendo el consejo stendhaliano, satisfágola sin titubear.

Como de ordinario, el día está brumoso. La Gran Plaza, casi desierta : uno que otro burgués, rollizo y apacible, en dirección á sus quehaceres — quehaceres de provincia, mediocres, lentos, sin fiebre ; — una que otra devota, con su paso ligero, su traje negro, su capucha flamenca bajada sobre los ojos ; uno que otro muchacho harapiento, del bajo pueblo, haciendo sonar en las piedras la madera de sus zuecos...

... Sigo á lo largo del Dyver, lleno de sitios adorables, frescos como grutas, y caminando

siempre, con el abandono del turista emancipado del Baedeker, llego por fin al Hospital San Juan. Y contemplando el severo exterior de este asilo — menos de caridad que de belleza — con sus muros bituminosos y sus altas ventanas ojivales, me invaden nuevamente los recuerdos, las largas horas de lecturas, allá, del otro lado de los mares, en el rincón tranquilo y familiar. Y se produce en mi alma la evocación intensa de la Brujas del siglo xv, la Brujas que vió desarrollarse en su seno la carrera luminosa de Hans Memling...

... Represéntome el ducado de Borgoña en todo su esplendor : extraña mezcla de cultutura y de barbarie, de fineza florentina y de violencia salvaje, de elegancias y de crímenes. Imagino á las damas de Brujas, deslumbrantes de fausto medieval, — las damas de Brujas, que despertaran las envidias de Juana de Navarra... Y pienso en la curiosa ironía de ese mundo sin virtudes, de esa sociedad deprava-

da y magnífica, produciendo la flor suprema de la pureza cristiana : el arte de Hans Memling...

Resurge en mi memoria la hermosa leyenda del pintor. Lo veo llegar á Brujas, una tarde helada de invierno, después de la derrota de Nancy y la muerte de Carlos el Temerario, sólo, heridos el cuerpo y el alma, desesperando casi del destino. Llama á la puerta de este Hospital San Juan, y pide « refugio, tranquilidad y cuidados ». Aquí, vigorizado el cuerpo, impregnada de misticismo el alma, lo veo, más tarde, en la serenidad del claustro, trabajando como Fra Angélico, en las cinco creaciones que debían ser la opulenta retribución del hospedaje y constituir el tesoro maravilloso de esta casa...

Atravieso un claustro largo, silencioso y desierto. Avanzo al azar. Mis pasos resuenan lúgubremente bajo la bóveda fría y angulosa. Una hermana de caridad destaca en el marco

sombrío de una puerta, su amplia toca blanca. Me mira, y sus ojos azules, límpidos y tristes, me saludan, me acogen... Su imagen suave parece venir del *Musée de Béguines,* de Rodenbach... Me detengo. He extraviado el camino. Y ella me lo señala. Voy á la sala de Memling...

... Paso horas en esta sala, horas de intenso deleite espiritual.

En el centro, la *Urna de Santa Úrsula.* Tiene la forma de una capilla gótica. En las partes laterales, divididas en compartimientos en ojiva, se encuadran las miniaturas. En los declives del techo, seis medallones. En el frente y en el fondo, primorosas imágenes, de la Virgen y de Santa Úrsula.

Memling empleó varios años en pintar estas miniaturas. Son la leyenda de Santa Úrsula y de las once mil vírgenes que la acompañaban. Tienen la seducción de un romance. Están trabajadas con una prolijidad extrema, con una

exactitud sorprendente. ¡Qué precisión, qué nitidez de pincel, y qué celeste pureza la de esa alma! En medio de las orgías de su tiempo, ese hombre, tan extraordinariamente dotado para expresar todas las delicadezas del corazón y del espíritu, debió sentir, en este claustro donde las bajas pasiones se extinguían, la procedencia divina de su arte...

El *Matrimonio místico de Santa Catalina* — un tríptico — es preferido por los pintores. Fromentin lo conceptúa « una página decisiva ».

En un estrado con fondo de oro, la Virgen y el Niño. Éste ofrece su anillo á Santa Catalina. En el segundo plano, San Juan Evangelista y dos ángeles vestidos de frailes. Después, Santa Bárbara y el « donador », el inevitable donador de los cuadros flamencos y holandeses, vestido esta vez de hermano del hospital San Juan.

Hay en este simple conjunto una rara habilidad técnica de composición y de dibujo, y una fuerza creadora empapada de puro misti-

cismo. Las figuras de Santa Catalina y Santa Bárbara, son de una gracia y suavidad inefables...

El díptico de *Martín van Nieuwenhove,* es particularmente admirable por el retrato del donador, ese Nieuwenhove, burgomaestre de Brujas, á fines del siglo xv. Más que nunca, Memling se muestra aquí tranquilo y recogido, discreto y profundo. La fisonomía distinguida del modelo está fijada con un vigor y una fineza de toque, que, como diría Lafenestre contemplando los retratos de Antonio Moro, no deja ninguna duda sobre su parecido. Todo el talento del pintor se ha concentrado en esa « cabeza ». En ninguna obra, como en ésta, son relevantes sus cualidades nativas y adventicias...

La *Sibila Zambeth...* Muy joven; ojos azules, diáfanos, serenos; una suave sonrisa; el angélico candor de un alma mística... Memling, que tenía el discernimiento enternecido del alma femenina, lo ha derramado en esta tela con una gracia inimitable...

... El conservador de la sala — por rareza

hombre de buen gusto — me hace algunas observaciones atinadas y me facilita el lente necesario para examinar el detalle de esas figuras casi siempre diminutas. Duplico, pues, la propina establecida. « Es una botella de buen vino », me dice, agradeciendo. Y parto, triste, pensando en cosas complejas ; pensando, sobre todo, en que esta mañana inolvidable no ha de repetirse...

Diríjome á Notre-Dame, esa iglesia vetusta del siglo IX, cuyo enorme campanario de ladrillo sirve de derrotero á los marinos del Mar del Norte...

Rodenbach amaba este templo. Lo amaba por su carácter mortuorio. No se da un paso sin encontrar una losa sepulcral. Hugo Viane, es decir Rodenbach, sentía aquí, como en ninguna parte, « la nada de la vida iluminada por la visión del amor perpetuándose en la muerte ». Y lo había escogido para el hondo meditar de su alma...

... Busco, de preferencia, la *Madona* atribuída á Miguel Angel y las tumbas de Carlos el Temerario y de su hija María de Borgoña.

La Madona decora el altar del crucero. Es de tamaño natural y tiene al Niño en la falda. Se destaca sobre un fondo de mármol negro. Algunos escultores observan los contornos ligeramente « blandos » y dudan, por tanto, de la paternidad de Miguel Angel. En esta Brujas se afirma que es contemporánea de la *Pietá* y debida al cincel de Buonarotti. De cualquier modo, se trata de un verdadero « hallazgo » para un apasionado de arte : es un magnífico trozo de escultura.

En una capilla lateral, los dos célebres cenotafios. Se les visita con una vaga emoción... El de María de Borgoña es un precioso monumento. De mármol negro y bronce dorado, sobrio en la línea, casi rígido. Pero su severidad no excluye la elegancia. Dijérase el pensamiento austero de Beckère atenuado por la gracia de Donato de Urbino...

Análoga, pero inferior á la de su hija, la tumba de Carlos el Temerario tiene, no obstante, más poderoso atractivo. Es el prestigio inextinguible de aquella figura gigantesca, soberbio espécimen de las monstruosas pasiones de su siglo...

... Tomo la calle del Espíritu Santo, con rumbo á San Salvador. Admiro, al pasar, el bello palacio de los señores de la Gruuthuuse, cargado de historia medieval...

La tradición cuenta que la catedral de San Salvador fué fundada por San Eloy, de orden de Dagoberto. Es una iglesia sin unidad de estilo. Su valor arquitectónico, muy relativo. Después de admirar la Santa Gúdula, de Bruselas, el interés de estas iglesias resulta principalmente arqueológico. Posee, es cierto, una serie de cuadros de los pintores conspicuos de la escuela local : Lancelot Blondeel, Claissens, Pourbus, Mostaert, etc.; pero en esta rápida impresión de las riquezas de Bru-

jas, es indispensable descuidar lo subalterno...

Por la calle de las Piedras, me dirijo á la Gran Plaza. Son las doce del día. No se ve alma viviente. No repercute otro sonido que el de mis pasos en la acera...

De pronto, el « Restaurant del Círculo Católico ». En esta tierra monacal, que parece un inmenso *béguinage,* poco ha de ser tan curioso como atisbar sus intimidades. Entro al restaurant, con la vaga esperanza del « color local ». Me engaño : es idéntico á los del género en todo el país de Flandes. Está desierto. Apenas, en el otro extremo del vasto comedor, dos macizos eclesiásticos satisfacen, cómoda y abundantemente, las exigencias de la vida. Mientras almuerzo, rememoro la mañana — los instantes de puro goce estético — y tomo estos pálidos apuntes...

Au bruit des carillons qui chantent dans la brume. *

* Baudelaire.

Por la ciudad...

... En la Plaza del Burgo, próxima á la Gran Plaza, algunos prototipos de arquitectura brujense. La Municipalidad, por ejemplo, es un perfecto modelo del período ojival. El Archivo, de estilo Renacimiento, y la Capilla de la Santa Sangre, que forman un ángulo de la plaza, son joyas de gusto refinado...

... En la Sala del Consejo del Palacio de Justicia, la monumental y famosa *Chimenea del Franco*. Es del siglo XVI; dibujada por el enciclopédico Lancelot Blondeel, y esculpida por Guyot de Beaugrant. Tiene seis metros de alto y doce de ancho. La sostienen columnas de mármol negro y la exornan bajorelieves de alabastro. En la campana, una estátua de Carlos V, de tamaño natural. A su derecha, Maximiliano de Austria y María de

Borgoña; á su izquierda, Fernando é Isabel de Castilla, los cuatro abuelos del monarca.

No conozco nada comparable. Es un trabajo acabado. Hay fuerza de inspiración y una extrema delicadeza de cincel. La línea es pura y armoniosa, y el detalle más mínimo de un primor extraordinario. Eran muy grandes artistas los artistas de esos tiempos!...

Esta tarde, en el Lago de Amor, el *Minnewater*...

Es un delicioso rincón de paz letárgica, inviolada. Lo circundan árboles frondosos y sauces llorones con sus largas cabelleras sumergiéndose en las aguas. La leyenda dice que estas aguas destilan fatalmente en las almas el amor...

Me siento á reposar, al borde del estanque. Algunos cisnes lo surcan. Las blancas aves,

comparadas por Rodenbach al candor de las almas virginales, se deslizan suavemente, rayando apenas el líquido, gentiles, con el encanto de su níveo plumaje y la curva flexible de sus cuellos... Á mi frente, la agrupación de conventos tan peculiar en todo Flandes : el *Béguinage,* donde la insuperable Sor Úrsula elabora sus encajes aéreos, maravillosos... Contiguo al *Béguinage,* un puente de tres arcadas, puente cinco veces secular... A lo lejos, la flecha de Notre-Dame, rumbo al cielo, y los campanarios de otros templos, finamente dibujados en la cenicienta gasa de la tarde... Y el profundo silencio...

... Paseo á lo largo de los canales, del malecón de los Marmolistas, del malecón Verde, hasta el puente de los Molinos, el paseo pre-

dilecto de Rodenbach. Luego, visito templos de suburbio y barrios pobres, llenos de tranquilidad y de silencio...

... En la pequeña iglesia de Jerusalén, que reproduce vagamente la del Santo Sepulcro, y donde es venerada una reliquia « de la Cruz », se respira una serenidad ideal. Enteramente solitaria, da la impresión de una inmensa tumba, adonde no llega eco humano. Rectifico : á la salida, oigo voces y veo, trepados en la pila, á dos chicos de ocho á diez años, lavándose la cara y chacoteando... con el agua bendita!... Naturalmente, los increpo, pero no puedo contenerme y me río. Ellos, en tanto, soltando la carcajada, se escurren por la puerta más próxima... Al asomar por la calle de la Pimienta, los veo enfilar á escape, con gran ruido de zuecos, á lo largo de las vetustas casas medievales... Y es una sensación extraña y deliciosa, en esta caída suavísima de la tarde, bajo este cielo tierno y gris, la vieja calle ca-

racterística, sin duda intacta desde el tiempo de Hans Memling...

En la puerta Santa Cruz, una de las cuatro que resguardan la ciudad, me quedo hasta el crepúsculo, mirando el agua dormida de los canales silenciosos, llena la fantasía de recuerdos y de ensueños...

SUSANA

Á Angel de Estrada (hijo).

III

SUSANA

De pie, delante del espejo — en el bonito *boudoir*, impregnado de su persona hasta el punto de casi no concebirla en otro ambiente — vestida con un traje de baile color crema, los hombros desnudos, la garganta y el cabello constelados de brillantes, la señora de Arnol mirábase curiosamente, un poco sorprendida, un tanto perturbada, reconociéndose no sin esfuerzo.

Diez años, diez años largos y tristes, que pesaban en su alma como toda una vida, habían transcurrido sin volver á un baile, desde su casamiento. Y lo inusitado de su aspecto, esti-

mulando la propia observación de su rostro, de sus ojos, de toda su figura, por ella tan extremadamente conocida, y que, no obstante, ahora le daba la impresión de pertenecer á otra mujer, — animó repentinamente en su memoria su imagen de soltera, aquellos veinte años virginales, que fueron como la sonrisa encantadora de los salones de la época.

Y, mientras terminaba su atavío, acarició el recuerdo. ¡Cuán linda había sido! Tenía un tipo delicado, de una seducción suave y misteriosa. Bajo su casco de cabellos castaños, bajo la frente estrecha, pero admirablemente modelada, abríanse los ojos, verdes, claros, grandes, llenos de serenidad y de pureza. Serio el semblante, era alta, de líneas graciosas, de talle flexible...

¿Y ahora? Ahora, entristecida, con la sensación de lo irreparable, con la melancolía nostálgica del pasado muerto, se miraba en el espejo. La luz artificial daba á la piel de su escote — uno de sus vestigios — exquisita tersura. Había engrosado poco. Las facciones,

más firmes, estaban ajadas prematuramente; la mirada de sus ojos verdes, hoy tan distintos, como si la vida dolorosa los hubiera desteñido, la mirada tenía más fijeza, mayor intensidad, con detrimento del candor adolescente. Ya no poseía ese sello de ilusión que iluminaba sus veinte años; una sombra de pesar sutil velaba apenas su rostro, y una languidez algo morbosa entorpecía la agilidad nativa de todos sus movimientos...

De familia distinguida, pero pobre, la « figuración social » de Susana Ramos hubiera sido de éxito dudoso sin el cariño y la protección resuelta que le dispensaban unos tíos ricos y sin hijos, los providenciales de estos casos. Ellos, un par de grandes aburridos, quincuagenarios, cerebros de sociedad, estrictamente « impermeables », tomaron como propia la empresa de convertir á la colegiala tímida — devuelta á sus padres, en sus diez y siete años, por las hermanas francesas — en esa curiosi-

dad de los modernos centros de vida febriciente, denominada entre nosotros, « niña casadera ». Bien dotada por ellos, lo excepcional en las protecciones de la especie, Susana inició, pues, su existencia mundana, henchida el alma de ilusiones, con el anhelo de divertirse, de gozar; con el ensueño y la esperanza del amor. Dueña de un espíritu sencillo, sin vivacidad, inepto para esa fortuna de salón consistente en la disección rápida de un tipo, de un hábito, de un ridículo; pero neto, preciso, ponderado; de esos espíritus femeninos que á la larga adquieren la visión clara de la vida, Susana, sin embargo, llegó á evidenciar una inesperada preferencia por uno de sus cortejantes, Fernando Rosas, eterno dandy, « buen mozo », un algo afeminado, adorador instintivo de la belleza y la lozanía de las formas, como de los éxitos sociales; uno de esos jóvenes que « llenan los salones », que son el « alma de los bailes »; uno de los muchos seres, flotantes siempre en la despreocupación y en el ocio, indiferentes, triviales, felices, sin

criterio fijo de la vida. ¡Hay tantos!... Era uno de ellos.

Notados los festejos, la oposición, — cuya forma, en general, ineficaz, suele tener para el observador atractivos deliciosos, — estalló en el hogar de Susana. Sus padres, sus tíos, hasta sus hermanos menores, todos tomaron parte, y fué tan persistente y ruda, como asimismo tan débil la voluntad de Susana, que esta vez la oposición triunfó...

Los más tenaces fueron los tíos. De tiempo atrás le combinaban matrimonio con Emilio Arnol, un hombre veinte años mayor que ella, feo, desairado, de cortísimos alcances, pero « una de las fortunas sólidas del país ». Susana, alma sin vigor, de esas como predestinadas al suplicio, no experimentaba ni amistosa simpatía por Arnol. Pero, sugestionada por el medio ambiente, por sus padres y sus tíos, ponderadores de Arnol como « partido envidiable », y que decían y repetían de Rosas : « Es un inútil, un gomoso sin porvenir : acabará por despilfarrar

lo poco que ha heredado »; con esa prédica diaria, incesante, Susana, casi persuadida, en su extrema inexperiencia, se dejó manejar, permitió al fin que le ahuyentaran sus visiones y torciesen su destino...

Casada con Arnol, bien pronto se iniciaron los días aburridos y tristes de dos personas no nacidas para pasar la vida juntas. Él, apático, egoísta, con las pequeñas manías del sedentario, y lo peor, del sedentario sin talento; naturaleza tranquila, enemiga de toda fiesta y de toda ostentación. De joven, huía de los bailes y de las múltiples ocasiones de encontrarse con señoras y niñas... no por ese desdén ó esa indiferencia propios de algunos espíritus especulativos, sino por cierto instinto de su mediocridad, una vaga conciencia de su ineptitud hasta para las luchas ficticias de salón, el curioso sentido de lo real, frecuente en las naturalezas más opacas. Una vez casado, era cosa resuelta, no llevaría á su mujer á ningún baile: podía contentarse con algunas noches de teatro y algunas tardes de Palermo...

Susana, tan inclinada al torbellino elegante, tan amiga de las fiestas, sintió bien pronto, sin el contrapeso del cariño, toda la violencia del contraste; y, sin energías, abatida bajo la voluntad sorda de ese hombre, se rindió, se sometió al medio, con la íntima congoja de las almas torturadas. Su marido la quería, mas la quería á su manera, fríamente, sin nervios y sin alma ; un cariño metódico y burgués, incapaz de responder á los llamados de un corazón de mujer, muy débil, pero también muy tierno...

Tuvieron un hijo y á él consagró Susana todas sus fuerzas vivas. Fué su pasión obsesora, esa criatura endeble y enfermiza, cuyos ojos verdes, angelicales, eran idénticos á los de la madre. Susana lo adoraba ; pasaba los días embelesada, acariciándolo, besándolo, detallando sus gracias, sus « monadas », los mil encantos inimitables de la edad. Así, cinco años. Un mal día, la salud del niño declinó. Fué una consunción, ó algo por el estilo, un agotamiento paulatino de su pobre savia.

Luego, la muerte... El alma de Susana experimentó un desfallecimiento profundo, y, durante tres años largos, su vida errada y maltrecha, se arrastró penosamente, monótona, sombría, con la tristeza de las tardes de lluvia...

Después... poco á poco, con lentitud desesperante, se levantó su espíritu. Por fin, salió, retribuyó visitas, volvió á frecuentar á sus amigas, se interesó de nuevo — relativamente al menos — por las cosas de la sociedad y de la vida. Pero no sin una lucha recia en el fondo de su alma, decidió aceptar la invitación que, oprimido á su pesar, por lo inevitable del caso, una buena tarde del pasado invierno le hiciera su marido, para llevarla al « gran baile » de su socio el señor Raúl Benitez, próximo á realizarse — quince días más tarde — con objeto de « presentar en sociedad » á su hija Guillermina.

༄

El cupé tomó Florida, rumbo al Retiro. Hacía frío. Arnol y Susana, envueltos en sus abrigos y arrellanados en los cojines, se dejaban conducir sin conversar. Solo de vez en cuando, Arnol explicaba lo que le sugerían simples detalles del trayecto; y, en los raros monosílabos emitidos por Susana, su vaga emoción le velaba levemente la voz. Así, cuando llegaron, latíale el corazón con más violencia...

Subieron la ancha escalera. En el vestíbulo, el señor Benítez, hombre grueso, de barba entrecana y ojos negros, vivaces, estaba de pie, con la cara iluminada de placer, recibiendo á los invitados. Se precipitó hacia ellos, lleno de amabilidades. Dió el brazo á Susana y la llevó al *toilette*, mientras Arnol se dirigía al guardarropa. Después, volvieron á encontrarse en

la puerta de los salones, y los tres entraron juntos.

La fiesta había comenzado ya. Muchas parejas bailaban. Era aquello una exhibición abigarrada de telas de colores pálidos y de telas de colores vivos; de cabellos negros, rubios y castaños, bajo la luz deslumbradora vertida por pequeñas lámparas eléctricas. Un bullicio continuo, formado por mil ruídos, por las risas, por la charla de todos, se entremezclaba con los acordes de la orquesta; era la honda palpitación del placer mundano, flotante en los salones repletos de concurrencia. La señora de Benítez, que atendía á varias personas, fué al encuentro de los recién llegados, gozosa, chispeante la mirada, con elegancia en su figura y en su andar. Aparentaba de cuarenta á cuarenta y cinco años; era simpática, interesante, de rasgos fuertes y palabra fácil, muy penetrada de su papel de dueña de casa, desempeñado con exquisito tacto. Tendió una mano á Susana y la otra á Arnol :

— ¡Cuánto placer, Susana! ¡Cómo me fe-

licito de este triunfo, porque es un triunfo que haya usted venido!...

Y las trivialidades siguieron, en tropel, los rostros resplandecientes, simulando convicción profunda. Sentáronse en un sofacito próximo, y comenzaron á conversar, con gran animación, de que participaba Susana, semiaturdida por el brillo de la fiesta...

Los dos maridos se alejaron á recorrer los salones : Arnol mirando todo con sus ojos vacíos, y Benítez, amable, atento, observando, como experto perito, á las mujeres que pasaban, risueñas, envueltas en nubes de gasas y sedas, indolentemente apoyadas en el brazo de los acompañantes, mientras la orquesta, desde una pieza vecina, inundaba el ambiente con la profusión vertiginosa de sus acordes...

La señora de Benítez dejó á Susana en compañía de algunas amigas, y se fué á recibir á otras recién llegadas. Casi en seguida un amigo de Arnol se aproximó á Susana. La invitó á dar una vuelta, ofrecióla el brazo, obsequioso,

insulso; ella, que conocía al compañero y aquilataba su simpleza, afable. Era un intermedio y la gente circulaba. Las personas conocidas, la saludaban con extrañeza y simpatía, y ella se daba cuenta de que, en general, no era desfavorable la impresión que producía. En sus contemporáneos sobre todo notaba la sorpresa. ¿Sorpresa? ¿de qué? ¿del cambio?...

De pronto, en el fondo del salón, Susana vió, erguido en su alta talla, retorcidos los bigotes, encendida la mirada, á Fernando Rosas, su cortejante de soltera, el dandy correctísimo, el frecuentador sempiterno de salones. Ella se emocionó. Desde aquellos tiempos, lo había visto poco, y siempre á la distancia, en Palermo, en la Ópera. No lo olvidó del todo, sin embargo; y, en la soledad de su retiro, más de una vez encarnó confusamente en ese hombre su felicidad perdida, meciéndola el recuerdo como quimera alada, sonriente en las horas muertas del ensueño...

Fernando la había visto. Al pasar cerca de él, la saludó : un saludo serio, ceremonioso.

El compañero de Susana se retiró por fin, y ella, sola en un sillón, se quedó como esperando, con el presentimiento de que Fernando iba á acercarse. No fué así, sin embargo. Tuvo él un momento de hesitación; desde su sitio, ella lo notaba preocupado. De súbito, hizo él con la cabeza un movimiento rápido, nervioso, como contestándose á sí mismo negativamente, y detuvo á una de las parejas que pasaban. Ofreció el brazo á la niña, Guillermina, la « reina del baile », una morena, alta y erguida, de cabello negro, de ojos negros, lánguidos é intensos, encantadora de juventud y de belleza. Y ya aturdido, engolfado en el torbellino, pareció olvidar completamente á Susana...

Ella, al menos, lo creyó. Un choque violento hizo vibrar su alma. No sólo la afectaba en su amor propio, ese desdén hería asimismo su más delicado sentimiento. Y creía comprender : en el primer instante, un movimiento de curiosidad animó á Fernando; es claro, el contraste con la Susana de otros tiem-

pos. Luego... nada. Ella ya no brillaba, y él que tal vez nunca la quiso, que acaso gustó tan sólo de la mujer « á la moda », no encontraba interés en la Susana del presente...

La fiesta llegaba á su apogeo. Era aquella la hora del supremo aturdimiento. Los ojos encendidos, la palabra ágil, la sonrisa habitual sobre los labios, esa gente desfilaba ante Susana, emanando todos los sentimientos, microcosmos de la vida social, con sus atractivos y miserias...

En esos momentos se le acercó su marido. Venía del *fumoir*. Había pasado tres horas jugando al bezigue con unos cuantos viejos. Estaba muy cansado, deseando retirarse; y Susana, que se sentía mal, sacudida por sensaciones complejas, de despecho, de pesar, hasta de animadversión, le propuso el regreso. Buscaron á los dueños de casa para despedirse, y, no obstante los esfuerzos y las finezas de los señores Benítez, deseosos de retenerlos, abandonaron la fiesta.

El frío era más intenso. Atrás quedaba el

murmullo interminable, confundido con los acordes de la orquesta : el aliento del baile, — la honda palpitación del placer mundano...

࿐

El cupé regresaba por Florida. Arnol comentaba :

— Ha estado bueno, pero, en verdad, me hubiera aburrido sin el bezigue... Y es natural : yo que ni de joven he andado en estas cosas, mal puedo divertirme ahora... En fin, ya volvemos...

Susana no lo escuchaba. En su alma amargada, las sensaciones de la noche, ya libre del medio ambiente, determinábanse con una nitidez dolorosa. Y, de pronto, en una transición brusca, todo su pasado se agolpó en su memoria. Ahora lo veía claro, en su íntegra, en su cruel simplicidad. Una vida vacía, absolutamente inútil. Su hijo la había llenado

algunos años, los únicos. Después, todo en su corazón se fué desmoronando poco á poco... ¿Qué podía esperar ahora? ¿Qué sería de ella en adelante? Y pensó en el día siguiente, en que tendría que recomenzar las pequeñeces de su vida diaria; pensó, sobre todo, en la vulgaridad de ese hombre, su marido...

... Al encontrarse sola en el *boudoir,* una íntima congoja le subió á la garganta. Lloró, silenciosamente... Por fin, la santa resignación tornó una vez más á su alma...

ALMA DE ARTISTA

Á José León Gallardo.

IV

ALMA DE ARTISTA

A mi llegada á Florencia, mi primer cuidado fué buscar á Luis Beltrán.

Fiel amigo de infancia y juventud, Luis Beltrán es uno de los espíritus más selectos que he encontrado en mi camino. Temperamento de artista ricamente dotado, maneja el pincel con admirable talento. Tiene alma que indaga, analiza y discierne.

En Buenos Aires, sus primeros ensayos despertaron entusiasmo en nuestro núcleo de amigos. Preocupado ya de los problemas de la luz, embelesado con las armonías del color, era para nosotros un fino deleite intelectual escu-

charle en el brillante desenvolvimiento de sus impresiones de naturaleza y arte.

Un día, Aristóbulo del Valle, ese descubridor de talentos y de obras maestras, ese apasionado de la juventud — uno de los cultos intensos de su vida — tuvo oportunidad de conocerlo. Le tomó gran afecto, y adivinó sus bellas facultades oyéndolo juzgar la *Floreal* de Collins, en esa casa de la Avenida Alvear, cuya fachada, hoy cubierta amorosamente por la hiedra, melancólica y sombría, evoca recuerdos y entristece... Poco después, un pequeño cuadro, al óleo, creado bajo tan honda sensación de arte, confirmó á del Valle su vaticinio; y, desde aquel instante, con el fuego generoso encendido en su alma por todo noble pensamiento, empeñóse en que Beltrán se fuera á Europa, á estudiar, á dedicarse definitivamente á la pintura. Tenía veinte años y fortuna; todo le facilitaba la carrera. Pero — y esto del Valle lo ignoraba — Luis, hacía tres años, cultivaba unos amores, con la vehemencia de su alma ardiente y la extrema delicadeza de su espíri-

tu. Era una contrariedad para nosotros, los amigos íntimos, muy jóvenes y, por lo tanto, exclusivos, demasiado convencidos que la « mujer de artista », en el ambiente bonaerense, es incomparablemente más enervante que en París. La niña era bonita, educada, rica. Pero Beltrán, casado, era pintor perdido; el caso, tan común en nuestra tierra, del artista nativo supeditado al medio y convertido en burgués vano y complaciente. Así, los que queríamos á Luis, y teníamos fe en su destino, hicimos « liga » para salvarlo, sobreponiendo el arte á la mujer y á todas las cosas de la vida...

¿Fué nuestra guerra obstinada y continua, ó se produjo en la intimidad de ese amor uno de esos desgarramientos recónditos y misteriosos, que dividen para siempre á dos almas aparentemente destinadas á fundirse? No he podido saberlo; tal vez nadie lo sepa. Después de una firme resistencia, un día Luis se nos presentó en casa de H*** — punto de reunión de nuestro grupo — y nos anunció su

partida para Europa, por diez años, á consagrarse al arte. Explicó brevemente sus proyectos, disimulando la razón secreta. Tan absoluta reserva, á raíz de las habituales confidencias, pareció contradictoria, y aun produjo escozor á algunos íntimos. Sin embargo, celebramos ruidosamente nuestro triunfo... Y el recuerdo de la despedida emocionante, á bordo; el recuerdo de su pálida sonrisa, de la extraña melancolía de su mirada, de ordinario irónica y acariciadora á la vez; el recuerdo del abrazo, en el cual puso, sin duda, las fuerzas exquisitas de su alma: todo me asaltaba aquella tarde, en Florencia, cuando, á pie, por la calle Tornabuoni — sintiendo, naturalmente, la primera impresión, inconfundible, del ambiente florentino — me dirigía al Lungarno Acciajoli, donde Luis tenía su taller...

Me recibió con el afecto de siempre, estrechándome un rato entre sus brazos.

¡Qué mejorado estaba! De estatura poco más que mediana, la delgadez de su cuerpo y una gran flexibilidad de movimientos, lo hacían parecer más alto, más esbelto. Los cabellos largos y la barba nazarena acentuaban su perfil de artista. Pero lo que me llamó particularmente la atención, fué su rostro, empalidecido, casi exangüe, afinadas las facciones, é iluminado como nunca por sus ojos azules, exentos de su antigua ironía, tranquilos y dulces, infinitamente soñadores...

¡Cómo había enriquecido y sutilizado su espíritu! En aquel primer encuentro, prolongado hasta el crepúsculo, recostados en la ventana, sobre el Arno, — el Arno, plomizo y caudaloso, como en los días de los

Médicis, — dejando errar la mirada del Ponte Vecchio al Palazzo Pitti, del Giardino Boboli, á las colinas del horizonte, las colinas de Toscana, de una delicadeza tan exquisita de líneas, que según una expresión feliz, parecen dibujadas por algún dios artista, Luis evocó, con su palabra lenta y reflexiva, impregnada de encanto, sus cinco años de vida europea, la ascención definitiva de su alma á las regiones serenas de la belleza...

En París pasó los dos primeros años : dos años de rudo aprendizaje, trabajando en su taller de Montmartre, desde el alba hasta la extinción de la luz, con un encarnizamiento de fanático, apartado de la vida turbulenta y desgastadora del París galante. De Carolus Duran obtuvo el secreto del retrato, y de Harpignies el del paisaje ; y bajo la tutela de esos maestros, aquellos dos años le bastaron para penetrar el alma y adquirir la técnica de la pintura francesa contemporánea. ¡Qué interés comunicaba á su palabra al reflejarme la intimidad de los grandes pintores de París!

Los había conocido y frecuentado, á Jean Paul Laurens, á Benjamin-Constant, á Roybet, á Hébert, á Roll, á tantos otros. Me contaba los altos ideales y las terribles envidias, la lucha titánica por alcanzar la belleza y la gloria... ¡Con qué elocuencia me expresaba después sus emociones estéticas en el museo del Louvre, sobre todo la hora diaria de muda contemplación en la sala de primitivos italianos, á la cual lo impulsaban las fuerzas misteriosas de su sér!...

Ahora, llevaba tres años de vivir en Italia, sin abandonarla ni en el rigor del verano. Estaba poseído de esa « fiebre italiana » que, entre los extranjeros, sólo experimentan los artistas. La había recorrido de extremo á extremo, abierto ampliamente el espíritu á todas las manifestaciones de la belleza. En los templos de Pœstum buscó la pureza inefable de la línea griega; residió en Nápoles, en Roma y en las pequeñas ciudades del mediodía, que encierran por lo menos tres ó cuatro obras de arte insuperables. Visitó la Sicilia, la Lombar-

día, el Véneto, el Piamonte, ciudad por ciudad, aldea por aldea, estudiando las costumbres, buscando el color local, con sus útiles de pintor y sus libretas de viaje, fijando con la palabra escrita el rasgo que escapara al pincel. Por fin, enamorado de Florencia, la ciudad de armonía y de hermosura, sintiendo, como nunca, la plenitud de sus energías morales y físicas, y el goce supremo de vivir, estableció allí lo que él llamaba su « cuartel general ». Era su centro de trabajo. De allí emprendía frecuentes excursiones á Bolonia, á Módena, á la voluptuosa Parma. Ó bien, cambiando de rumbo, según el capricho de su fantasía ó la necesidad de su labor, atravesaba las montañas de Toscana, deteniéndose en Volterra, en Colle, en la maravillosa Siena, hasta refugiarse en la apacible Perusa, tan llena del Vannucci y su admirable discípulo...

Y continuaba pintando, pintando siempre, con una tenacidad inconmovible. Y en su cerebro vastos proyectos palpitaban. Alejado del mundo, ignoraba lo que ocurría en todas par-

tes, hasta en la tierra natal. No recibía diarios, no se escribía con nadie, como si le fuera indiferente todo lo que no respondiese á su pasión...

Beltrán estudiaba con tesón los deliciosos primitivos, que han esparcido sus obras ingenuas y adorables en todos los rincones de Florencia. Así, nuestras visitas se iniciaron por el Carmine, donde se guardan los frescos del Masaccio, aquel precursor genial del movimiento quattrocentista. Débilmente iluminados, en el fondo sombrío de la capilla Brancacci, era difícil abarcar el conjunto y apreciar la indecible suavidad de las figuras. Sin embargo, la *Expulsión del Paraíso,* apenas columbrada, renovaba en Beltrán la impresión mística...

Unas mañanas me llevaba al Pitti, á los Uffizzi, á la Academia, á visitar á Lorenzo Mo-

naco, á Filippo Lippi, á Benozzo Gozzoli, y, de preferencia, al atormentado Botticelli de la *Alegoría de la Primavera,* cautivante en la figura, en la composición, en el color. Otras mañanas íbamos á Santa María Novella, á ver á Ghirlandajo, ó al convento de San Marco, animado por el pincel celeste del Angélico. Y su pasión por los primitivos se desbordaba delante de aquellos frescos admirables. Pero era un tanto exclusivo en sus entusiasmos y sus gustos, como todo artista que ha encontrado su ruta. Y yo, á mi vez, buscando el equilibrio, lo encaminaba nuevamente al Pitti y á los Uffizzi, pero á gustar el arte de los siglos posteriores, del Renacimiento prodigioso...

¡ Días incomparables de Florencia ! Luis interrumpió casi enteramente su trabajo, y desde el alba hasta la noche, vivíamos errando á través de la ciudad soñada, de calle en calle, de templo en templo, de museo en museo; escudriñándola hasta en sus bajos fondos, descubriendo en el tipo popular el eterno modelo

de sus grandes pintores, gozando de la diafanidad de aquella luz, purificadora del espíritu. Horas inolvidables y fugaces, horas desaparecidas para siempre, que sólo conserva la memoria para poblar, con nostalgia, la triste soledad; dulces horas florentinas: hoy, evocadas en la quietud profunda de la vida de provincia, sus visiones luminosas vuelven de nuevo á acariciar el alma!...

Una tarde entré de improviso en el taller de Luis, y lo encontré pintando un cuadro, cuya figura principal, ya casi terminada, no tardé en reconocer: era aquella niña bonaerense, que estuvo á punto de imprimir á la vida de mi amigo, un rumbo tan distinto...

No pude ocultarle mi sorpresa, pero Luis permaneció impasible.

— ¿Sabes que se ha casado? le pregunté.

Me pareció vislumbrar en su rostro una rápida impresión. Sin embargo, me contestó con voz serena :

— Ya has visto que no leo diarios ni me escribo con nadie; que ignoro lo que pasa en nuestra tierra... Además, te consta, he dejado de vivir para las cosas mundanas... Comprenderás que esta figura es simplemente uno de esos recuerdos que utilizamos los pintores...

¿Decía la verdad? ¿Disimulaba? ¿Había estado enamorado alguna vez? ¿Lo estaba aún?...

Yo lo observaba con fijeza. Molestado quizá, abandonó los pinceles, se acercó á la ventana, y hundió en el horizonte la mirada. Era una tarde de otoño, una tarde deliciosamente triste. Florencia, bañada por una onda de luz diáfana y sutil, extendía á nuestros pies, más allá del Arno, los techos rojos, las torres, los vetustos palacios, los jardines... En el fondo, el incendio del sol en el ocaso...

Luis contemplaba aquello religiosamente. Luego, volviéndose hacia mí, como olvidado de lo que acabábamos de hablar :

— Viajarás por toda la tierra, me dijo con una vaga emoción; sentirás todas las impresiones y todos los entusiasmos; verás la naturaleza bajo sus aspectos más diversos y más bellos; pero este poniente lo buscarás en vano en otra parte... Míralo bien : es un cuadro divino, que penetra hasta lo más íntimo del alma...

DIANA, ORACIÓN Y SILENCIO

Á Alfredo de Arteaga.

V

DIANA, ORACIÓN Y SILENCIO

En Dennehy.

El cuartelero golpea sobre las carpas :

— ¡ Arriba ! ¡ Pronto, que van á tocar diana !

De adentro se responde en tonos diversos : unos con el « Ya vamos » lastimero, otros con el ronquido supremo, otros con la palabrota cargada de impotencia. Después, todas las carpas ofrecen el mismo cuadro : asoman los gruesos « tamangones », luego las piernas, que el dril protege, luego el capote azul, luego el kepí. Por fin, esa masa informe evoluciona, y el tris-

te dueño se muestra erguido ante la « madre naturaleza »...

Mucho antes de la cinco. El cielo viste tintes obscuros; la luna, al recostarse en occidente, adquiere el color de plata muerta; un velo opaco envuelve las estrellas. En el llano, densa neblina esfuma todas las líneas.

Los círculos de camaradas se establecen. « Buenos días » amables, « buenos días » también acompañados del terminacho irrepetible. Espontáneamente la selección se hace, y las charlas oportunas recomienzan. ¡Oh! lo de siempre : alguien que cuenta un día más, alguien que refiere en detalle las vulgaridades de su noche, alguien que induce, alguien que deduce, alguien que repite su cantilena eterna : el fastidio soberano que lo mina...

Pasan los momentos, y vagas claridades esbozan los objetos. Sobre la vida, que ya rebulle en todo el campamento, se cierne algo semejante á un lívido crepúsculo, y por oriente avanza, suave, el matiz rosa...

De súbito, en un extremo, resuena un clarín

alegre, uno solo. Y ese clarín despierta otros clarines. Los sonidos se unen, se propagan, cunden por todos los ámbitos, — la loca fanfarria de las « bandas lisas », la eterna diana, que impregna los corazones de un regocijo desbordante.

En un segundo, la formación. Cada compañía delante de sus carpas. Todos de capote, enfundadas las armas. La máquina humana rígida, en línea recta. La individualidad maltrecha, pero ¡ no importa ! — en el espíritu y en los sentidos, una turbación deliciosa é inexplicable...

Diez minutos. En seguida, el « ¡ Rompan filas ! », que alguien reputa la única voz de mando posible de tolerar, y la tropa corre á las carpas, á dejar las armas.

La luz de la mañana ha llegado, plena. Las brumas se rasgan, y, fugitivas, se condensan momentáneamente en occidente. El sol, que ha interrumpido un instante con su disco rojo, la línea del horizonte, se eleva poco á poco majestuoso, y, sobre el llano dilatado, un cielo en-

cantador extiende la diafanidad de sus gasas doradas y celestes...

Ya la mirada distingue netamente los hombres y las cosas. El campamento exhíbese brillante, fuertes las tintas, precisos los contornos. Y es una embriaguez de la mirada... Hacia el norte, hileras interminables de carpas blancas y plomizas, interrumpen transversalmente el verde claro de los campos. Por otro lado, en vaga eminencia, se destacan, sobre el azul del cielo, el barrio del comercio, madera y zinc, y el mirador de la Comandancia, blanco, cuadrado, vulgar. Y detrás, se presiente el llano inmensurable, salpicado de raras estanzuelas y escasos ranchos solitarios. Y en los espacios vacíos, bandadas de gaviotas, de aves salvajes, impelidas en su vuelo por la gran ráfaga de la alegría matinal, que descendiendo á la tierra, infunde alientos hasta en las almas postradas por la faena diaria...

Distribuido el café, viene la ingrata tarea de limpiar las armas. Á las siete comenzará la labor ruda...

Por la tarde, poco antes de las cinco, la tropa, de retorno de esa instrucción práctica, abrumadora bajo el sol de marzo, descansa breves minutos. Después, « ¡A ponerse la mochila! », á prepararse para la Lista Mayor.

El toque de orden parte del rincón lejano. Es un clarín imperioso. Y todas las bandas lisas repiten su llamada. Inmediatamente se forma, y se sale al descampado. Allí, mientras el sol declina, se evoluciona un largo rato, y en los momentos de su puesta, emocionante, divinamente hermosa, las compañías enfilan en batalla y así se detienen para la Oración. Los fulgores últimos del sol chispean en las armas de los soldados, en los platos de sus mochilas, en las espadas de la oficialidad, en la espada del Jefe, que, al frente, recto, todo de blanco, domina á todos los hombres. Resue-

na el trozo solemne, las armas se presentan, y en la extensión que abarca la mirada, los pocos dispersos se detienen, rígidos : el soldado, grave, hace la venia; el paisano se descubre respetuosamente la cabeza. Y en ese instante sagrado, en ese instante fugaz, el sol, ya moribundo, deja en el corazón de los hombres su postrimera ternura. Poco después, las sombras invasoras llegan también hasta las almas. ¡Ah! la tristeza de la Oración, la tristeza invencible, la infinita tristeza!...

Se regresa á las cuadras. El soldado se despoja de sus armas, de todos los pertrechos, y se abandona á la expansión de la tarea terminada. Vuelven á formarse grupos. Hacen los comentarios de la jornada, cantan, gritan, chacotean. Algunos reclutas taciturnos se alejan un tanto, y, tendidos de espaldas, cuan largos son, sobre la madre tierra, permanecen callados, con la mirada perdida en la bóveda inmensa...

Las sombras han cubierto el campamento. Llaman : « ¡Al rancho! » Se forma, se distribuye la « tumba del soldado ». Diseminados

en el suelo, á veinte pasos de las cuadras — ¡oh, el gusto que la necesidad deprime! — todos la saborean...

A esa distancia, sobre el fondo del poniente — violeta, acero, gradaciones sutiles del azul — los hombres parecen cual siluetas trazadas con tinta china. Y pasan, en todas direcciones. Así se reconoce, por los contornos, al compañero retardado, que se acerca cauteloso ante la perspectiva del plantón; así fracasan las tentativas de sorpresa, emprendidas con frecuencia por oficiales subalternos...

En esos momentos, lo íntimo es muy complejo. En ello rematan las sensaciones múltiples del día. Y á veces también, si la marea sube, es con curiosidad y aun con nostalgia, como se evoca el contraste del mundo de allá lejos, donde hay mujeres y donde hay fiestas...

❧

Después de la retreta — última formación del rudo día — viene la hora apacible, hasta las nueve. Se encienden los fogones, los rodean los incansables del mate, y surge la guitarra... Todo ello á la luz de una luna divina en gira pausada y melancólica... Es una hora que pasa sin sentirse. Es una dulce embriaguez. Es amplia ecuanimidad de espíritu, un egoísmo inefable, que sustrae todo el resto del mundo y de la vida...

Por fin, del punto ignorado llega el eco grave, casi soñoliento del clarín. Es un eco profundo, pero sin fuerzas, sin alientos, que se propaga penosamente por las cuadras. La tropa se refugio presto en sus carpas, y las luces del campamento se extinguen en el acto.

Transcurre media hora. Todo duerme. No

hay charlas, no hay ruído humano, á no ser las palmadas de aviso de los cuarteleros, las pisadas y voces de los centinelas. De vez en cuando turba el silencio el graznido de lechuzas errantes, ó, á lo lejos, los cascos de caballos de alguna patrulla, acaso el « jefe de día », recorriendo las guardias. Entonces, algunos que buscan quizá la emoción de lo bello, asoman furtivamente la cabeza y dilatan la mirada por el campamento en reposo. Y así suelen quedarse largo rato, en la contemplación del amplio cuadro iluminado por la luna. Y la luna, maternal y piadosa, va, carpa por carpa, filtrando por los resquicios el rayo delicado que acaricia amoroso el descanso de tantos seres dormidos, confiadamente, con el sueño profundo de la fuerza viril...

UN INSTANTE

Á Lisandro de la Torre.

VI

UN INSTANTE

Mientras Laura se recogía, Pablo Giraldo salió á fumar un cigarrillo en el jardín abierto á la Avenida Alvear, allá cerca de Palermo.

Serían las doce de la noche, — noche de primavera, dulce, deliciosa. Había algo de profundamente sugestivo en la naturaleza dormida, acariciada por la luna. Un silencio de muerte, alterado apenas por el largo rodar de los desvencijados coches, que pasaban sobre el pavimento sordo, con sus ojos de luciérnaga y su pareja de enamorados, — camino del bosque...

Pablo Giraldo se arrellanó en un sillón, cruzando con abandono una pierna sobre la otra.

El espectáculo, el suave y agradable ambiente y hasta el deleite del cigarrillo, todo le facilitó esa curiosa excitación mental que da curso á los largos soliloquios.

Pensó en el tema que, á veces, en circunstancias análogas, lo asaltaba : el destino humano. Pero, por ese poder del egoísmo, que nos hace volver en todos los momentos de la existencia, solemnes ó ridículos, á nosotros mismos, no generalizó casi : se engolfó en el suyo, en su destino de vencido antes de luchar...

Hijo de padres ricos y de alcurnia, se encontró, á los veintes años, como tantos otros, con las ventajas de la fortuna y la posición social.

Todo parecía sonreirle. Pero él no era feliz. Su inteligencia, superior á la de la generalidad, no podía contentarse con los atractivos brillantes, pero falsos de la vida social. Y, sin desestimarlos en absoluto al principio, buscó

en los libros lo que no ofrecen los salones ni las fiestas. Su espíritu ágil y atrevido necesitaba sensaciones y goces intelectuales exquisitos. No cursó carrera. Hizo á su albedrío, estudios filosóficos, científicos, literarios. Mordió el fruto contaminado. El mal hondo que, á tal edad, origina fatalmente ese género de estudios, mal incrustado en el alma moderna como un cáncer en las entrañas de la víctima, germinó bien pronto en el alma de Giraldo, quizá propicia á ello por naturaleza. Se hizo escéptico; nació en él una filosofía personal, basada más en el análisis del *yo* íntimo, en relación con el mundo circunstante, que en las mil teorías creadas en estados de alma casi siempre distintos, por cerebros especulativos. Su palabra tornóse perezosa y grave; su andar, lento; su mirada, pálida y pensativa; su carácter, taciturno; su espíritu, frío, analizador, — sin prejuicios...

Andaba solo. Los compañeros, salvo dos ó tres, lo ponían nervioso. Era poco indulgente con las simplezas de sus conversaciones frívo-

las. Y, aunqne no experimentara el veneno corrosivo del desprecio, que destila en ciertas almas, la estupidez del prójimo, Pablo Giraldo, movido por su instinto, se limitó á alejarse de ellos cuanto le fué socialmente posible. Esto le valió — por cierto! — los calificativos de « raro », « extravagante », etc., que solo consiguieron aumentar su compasivo desdén por el ambiente en que vivía...

Después, su aventura de amor, aun persistente...

La conoció en casa de un amigo. Era institutriz de los niños. Muy joven, muy bonita, y, sobre todo, inteligente, de inteligencia fina, flexible. Lo sedujo. Se le metieron por sus ojos, los ojos negros y suaves de la muchacha, la sonrisa, un poco triste, y ese no sé qué de distinción y de gracia, sugeridor, en tantas de la especie, de aristocráticos atavismos...

Pablo Giraldo la asedió. Sus esfuerzos fue-

ron, durante un año, estériles. Persuadida, al fin, y apasionada, Laura lo siguió... En la embriaguez del triunfo, Giraldo la instaló en la coqueta casita de la Avenida Alvear, — nido de amor en el silencio suburbano...

— Ya hace de esto cinco años, se decía Pablo en su febriciente soliloquio, y todavía estoy como entonces, amarrado á esta mujer...

Y divagaba. Recordaba los hechos menudos de esa vida en común. En verdad, podía considerarse feliz. Era encantadora. Tenía todas las delicadezas de una mujer de alta clase. Y lo quería, á no dudarlo, lo quería. Su franca adhesión no era la resultante del cálculo; jamás concibió una sola sospecha de esta índole.

De pronto, encaró su presente. Y sintió vergüenza. ¡Él, reducido á ese estado! No trabajaba en nada, no leía nada, no pensaba en nada. Dejaba correr la vida, sin fe, sin entusiasmos, sin pasiones. Le bastaba el cariño de Laura...

Y, volviendo á su pasado, evocó sus ensueños de adolescencia, los años no tan lejanos y, sin embargo, ya muertos, muertos... La facultad de soñar, desenvuelta en él desde muy niño, le hizo entrever un bello porvenir. Todo lo imaginó, todo lo creyó posible, — hasta la gloria...

Después, la otra cuerda : el amor. Lo soñó. Amó el amor. Ansió la pasión profunda, la pasión desgarrante. Y la mujer querida, la mujer querida de sus veinte años — criatura frívola, incapaz de comprenderlo, muñeca de sociedad con apariencias seductoras — prefirió uno que le cuadraba, ejemplar análogo, elegante é insípido...

Luego, un hecho reciente, en su propia familia, se presentó á su memoria. El mayor de sus hermanos, habíase « comprometido » con una de las niñas brillantes de la sociedad, una de las diez ó doce que arrastran en pos de sí las miradas, los corazones, los deseos...

¿Y él?... Se puso de pie maquinalmente

Una oleada de sangre subió á su rostro. En su alma irradiaba otra vez el pasado, como el destello de vida que anima un instante el rostro del moribundo...

El disco pálido de la luna había avanzado un poco más en su trayectoria, pero la naturaleza dormida, bajo la luz de plata, continuaba inmóvil en su belleza. Pocos eran ya los coches que se dirigían aceleradamente hacia el bosque. En cambio regresaban muchos, á paso lento, cabeceando el auriga en el pescante, inalterable, en todos, la amarillenta luz de los faroles. Hacía un fresco sutil...

Pablo Giraldo, suspenso, se paseaba á lo largo del jardín. De repente se detuvo.

— ¿Y por qué no? se preguntó; aún es tiempo...

Y chistó á un coche que acertaba á pasar en ese momento.

— Espera.

El hombre sin responder, arrimó el vehículo á la vereda y volvió á su somnolencia, filosóficamente...

Pablo Giraldo había tenido una visión rápida, explicable por la fugitiva crisis que lo hacía presa. Se le ocurrió abandonar esa misma noche á Laura y reanudar su antigua vida mundana...

Y fué á realizar ese propósito. « Pero ¿y ella? » se preguntó. Quedó perplejo, vacío el cerebro. En seguida, asaltóle el deseo de verla por última vez. Debía estar dormida. Entró á la pieza.

Dormía, en efecto : un sueño tranquilo, una suave sonrisa de amor sobre los labios. La luz débil de la lámpara le daba en pleno rostro, rostro dulce de mujer buena, rostro de rasgos finos, aristocrático, de pasión y de lealtad.

Pablo Giraldo la miraba. Y el encanto de la amiga operó de nuevo. Las energías, tan escasas en él cuando la gratitud ó el afecto las contrapesaban, desfallecieron.

— Sí, se dijo, es mi destino...

Salió. Despachó al cochero. Y serenado el espíritu, sorprendido y disgustado de ese instante de crisis — de traición — pensó :

— ¿A qué perseguir lo desconocido? ¿Acaso, intrínsecamente, vale ésta menos que la mejor de las otras?... Nos iremos á Europa... Y ¿por qué no? El matrimonio no debe ser sino la consagración pública del cariño sincero...

ESCRÚPULOS DE CONCIENCIA

Á José Luis Cantilo.

VII

ESCRÚPULOS DE CONCIENCIA

De vuelta de las montañas del Tirol, recorría, aquel verano, los lagos septentrionales de Suiza, cuando supe, de una manera completamente casual, que uno de mis camaradas predilectos de colegio, perdido de vista hacía varios años, Joaquín Valdés, estaba en Champel-sur-Arve, en los alrededores de Ginebra.

Me lo dijo un pariente de Valdés, viejo compatriota, que encontré, con placer, en uno de los flamantes hoteles de Lucerna. Era un hombre distinguido; ocupó precozmente en nuestro país una alta posición política y la abandonó luego, acaso por pureza de alma, para rematar

en Venecia, en una vida de retiro, de meditación y de estudio.

Conversábamos en la terraza del hotel, bajo el crepúsculo, frente al lago, diáfano y tranquilo. A los flancos, se destacaban, sobre el cielo límpido, el Righi y el Pilatos. El horizonte, lleno de penumbras indecisas, aparecía cerrado por la cadena de montañas, cuyo azul se ensombrecía poco á poco. Y todo ese paisaje vespertino presentábase evocador y sugestivo, en aquella hora melancólica, más melancólica aún á distancia de la patria y en esos ambientes suizos, á menudo impregnados de suave y penetrante encanto...

El señor R*** tenía la palabra. Hablaba de hombres y cosas de la tierra, con espontaneidad y lozanía. De pronto, sin perceptible asociación de ideas, recordando quizá mi afecto constante por Joaquín Valdés, y, sobre todo, viendo el interés suscitado en mí por el solo nombre de mi amigo, hablóme de éste, con animación en la palabra y en los ojos.

Muchacho de condiciones intelectuales y de

fortuna, Joaquín Valdés cortó su carrera de derecho, ya avanzada, no bien cumplió sus veintidós años y se hizo cargo de sus bienes. Y, arrastrado por ardores juveniles, á esa edad de ansias supremas y supremos goces, abandonó casi misteriosamente á Buenos Aires, para engolfarse de rondón en París, en el torbellino de la vida de placer. Por desgracia, su frágil naturaleza no soportó la prueba. Una madrugada de marzo, saliendo de una atmósfera de champagne y de mujeres, una ráfaga glacial se deslizó en sus pulmones. Y la pleuresía lo postró. Poco después, un comienzo de tuberculosis lo llevó á las montañas de la Engadina... Allí, con fuerza de voluntad insospechable, se recluyó tres años, tres largos años, completamente solo, entregado á métodos rigurosos y á lentas y provechosas lecturas, iniciadas con mortal fastidio y proseguidas con entusiasmo apasionado...

— Usted no lo reconocería, decíame el señor R***. Esos tres años de tranquilidad lo han transformado. Del impulsivo, del calavera de

otros tiempos, ha surgido un hombre sereno, dueño de sí mismo, observador, espíritu abierto y culto...

— ¿Y su salud, ahora? le pregunté.

— Muy buena. Sus lesiones están cicatrizadas. Se halla, al menos en apariencia, sano y fuerte. Vivirá, á no dudarlo, sobre todo si, como espero, no vuelve á su pasado. Espero más : si se consagra á una labor seria, á una obra de arte, como es su intención y su tendencia — lo cual, por cierto, he estimulado vivamente — Joaquín producirá. Sus lecturas le han despertado la pasión por Italia. En el otoño irá á Roma, á establecerse. Cultivará el estudio y la crítica artística de los siglos muertos. Usted no se imagina el interés que experimento por él. Y debo agregarle : en Buenos Aires no me llamó nunca la atención, á no ser para deplorar sus fuerzas malgastadas. Si va usted á Ginebra, visítelo. Él sabrá renovarle esa sorpresa que estoy viendo en su cara. Le dejará, estoy seguro, una muy grata impresión...

~

Quince días después, sin advertencia previa, descendía yo en el *Hôtel Beau-Séjour,* en Champel-sur-Arve, y experimentaba la satisfacción de procurar á Joaquín, con mi sola presencia, el íntimo placer — por mí, naturalmente, retribuído — de volver á encontrar, tras largo tiempo de separación, al amigo de infancia copartícipe de los fuertes entusiasmos y de las ilusiones poderosas de los primeros años de la vida...

Un solo cambio visible había en su fisonomía, pero profundo : sus ojos. Aquella mirada de sus ojos negros, ansiosa y brillante á los veinte años; aquella mirada, que parecía anhelar febrilmente todos los goces de la tierra, habíase tornado reflexiva, analizadora, penetrante, casi insostenible por su extrema fijeza, y, al propio tiempo, cubierta por el velo sutil

de una de esas melancolías emanadas del fondo mismo del sér. En lo demás era el mismo : la misma figura alta y algo rígida, la misma frente fugitiva bajo abundantes cabellos negros, la misma gentileza en sus maneras, acaso más refinada y desenvuelta...

Conversamos largamente aquella siesta. Conversamos de todo. Me produjo, en efecto, la impresión de un espíritu sagaz, apto ya para percibir los más exquisitos matices del sentimiento; una sensibilidad algo enfermiza, de artista y de romántico, en la pura acepción de la palabra, y á la vez, por extraño dualismo, un cerebro viril preparado para afrontar los más duros problemas de la existencia...

Al caer la tarde, recorrimos el hotel. Era un viejo edificio de aspecto monacal, pero lleno de comodidades y ventajas. Estaba situado sobre una meseta que venía á formar amplísima terraza, casi techada por un vasto palio de árboles corpulentos. Desde allí, el observador tenía, en aquel poniente incomparable, un

espectáculo soberbio. A sus pies corría el Arve, precipitando sus aguas plomizas en caídas magníficas, cuyo estruendo percibían sin cesar nuestros oídos. A la izquierda, erguíase la montaña calcárea de la Saléve, hosca en su extrema desnudez. Al frente y á la derecha, se dilataba el opulento valle, sembrado de casitas deliciosas, esfumadas gradualmente en el verde sombrío; y en las profundidades del horizonte, en forma de anfiteatro, se perfilaban los blancos eslabones de los Alpes...

En el hotel la concurrencia era escasa: dos docenas de extranjeros, de salud endeble, en su mayor parte enfermos del estómago, que buscaban en el clima de Champel y en las aguas del Arve remedio á sus males. A esa hora se les veía esparcidos entre los árboles, arrellanados en sillones, leyendo diarios y revistas. El apogeo de Champel era en agosto. Una invasión de parisienses se apoderaba entonces del hotel como de cosa propia, y pasaban los días en fiestas incesantes...

Nos sentamos junto á la balaustrada de la

terraza. En ese momento, un señor de edad y dos niñas, avanzaban á paso lento en nuestra dirección. Como me pareciera reconocer vagamente sus siluetas, se lo comuniqué á Joaquín, que, embelesado, contemplaba todavía el espléndido poniente...

Se dió vuelta, rápido, y con turbación apenas dominada :

— ¡Ah! sí, exclamó, son argentinos : el señor Jiménez, su hija y su sobrina... Han venido hace unos días... Vamos, te voy á presentar...

El señor Jiménez era lo que se llama « un lindo viejo », de gran barba blanca y cabellos todavía rubios, ojos claros, tez fresca, una gran corpulencia y un andar reposado, algo solemne. Vestía traje gris, de corte inglés, y amplio *panamá* cubría su cabeza.

Rico propietario bonaerense, espíritu equilibrado y culto, el señor Jiménez había demostrado el buen gusto de radicarse en París, á saborear su ocaso. Vivía con sus dos compañeras de Champel, su hija única, Clara, y su sobrina,

María Eugenia, huérfana, hija de un hermano predilecto. Había estimulado mútuamente en ellas la fraternal vinculación de infancia, las había instruído y educado con esmero, rodeándolas con los halagos de su intenso cariño y de su gran fortuna.

Clara era una niña interesante, muy rubia, de grandes ojos azules, sentimentales. De la misma edad, veinte años, más ó menos, su prima María Eugenia, era una de esas figuras que se destacan en todos los ambientes de la tierra; uno de esos seres selectos hacia los cuales van, por atracción irresistible, la mirada y el alma. Muy pálida, muy suave, muy bonita, con distinción nativa y cierta languidez de movimientos. Sus pupilas, claras, miraban con serenidad, inteligencia, nitidez; y, cuando hablaba, con perezosa voz y dicción ligeramente cantante, sus labios delicados sonreían en un hechizo inexpresable. Alta, esbelta, elegante, su cabeza de fino corte griego, peinada con exquisito gusto, revelaba artística intuición y justo discerni-

miento de sus gracias. Toda de negro, el ligero escote realzaba su garganta y su nuca, muy blancas...

Nos pusimos á pasear á lo largo de la terraza. Estaban en Champel hacía dos semanas, descansando de una detenida excursión por Bélgica, Holanda y las ciudades del Rin. Al día siguiente partían para los balnearios del Mar del Norte : Ostende, Blankenberge, Scheveningen, donde pasarían el resto del verano. Y contaban sus sensaciones de viaje. María Eugenia, espíritu de líneas ya precisas, era una interlocutora incomparable, por su manera sumamente especial de escuchar y de decir las cosas, paradójica á veces, siempre hábil y persuasiva en la réplica. Y discreta, generalmente hermética... Clara, en cambio, tenía más espontaneidad en la confidencia : no era costosoescudriñar hasta el fondo de su alma...

Comimos juntos. En tierra extraña la amistad se facilita. El señor Jiménez, muy callado, escuchaba con complacencia. Bondadosa son-

risa de hombre fuerte, iluminaba su rostro y corregía la primera sensación aisladora de su aspecto. Resultaba simpático. Joaquín, algo nervioso, conversaba con voz cálida, á veces vibrante. En sus ojos había un fulgor inusitado. Parecía un seducido. Pero su poder del disimulo impedía determinar su preferencia... En cuanto á las dos primas, animadas y locuaces, atizaban continuamente en la charla el fuego de artificio...

Después de la comida, pasamos á la sala, vasta pieza rectangular, exornada apenas. Hubiérase dicho que esperaban, para hacerlo, la gruesa clientela parisiense. Había cuatro ó cinco hombres, conversando. Sólo uno de ellos atrajo mi atención : un octogenario, enjuto, seco, momificado, verdadero « fósil » de Curel, de extraña distinción en su decrépita efigie; uno de esos tipos encontrados en los viajes, que se graban definitivamente en la memoria. El señor Jiménez se incorporó á la rueda; Joaquín y Clara se sentaron solos, y yo conduje al piano á María Eugenia. Tocó dos ó tres

piezas. A su lado, en un sillón, la miraba; contemplaba, encantado, su perfil de medalla, de línea tan grácil y pura. Y recuerdos lejanos, de museo y de salón, me asaltaron de pronto; uno, entre todos, muy neto: una amiga, de mis veinte años, que no he vuelto á encontrar en mi camino...

Al día siguiente, de mañana, Joaquín y yo acompañamos hasta Ginebra á los viajeros. Nos ofrecieron su casa, en París, en la Avenue Friedland. Lo hicieron con tanta amabilidad, que prometimos, los dos, visitarlos el invierno próximo. Así, la despedida fué cordial, y, por lo menos de nuestra parte, triste. La despedida en general es triste, pero cuando es la de una mujer bonita, que ha logrado encantarnos y acaso no volveremos á hallar jamás sobre la tierra, la despedida deposita entonces en el alma un sedimento de suave melancolía, persistente en los primeros días de la ausencia...

Sin hacerme Joaquín la más mínima confidencia, nos separamos en seguida. Él regresó á Champel; yo me lancé al Lemán, á una nue-

va excursión, de varios días, por el lago divino, una de esas escapadas sin rumbo, en pleno azul, que constituyen el encanto más puro de la vida suiza...

~

Empleé una semana en recorrer el lago. Estuve dos ó tres días en Evian y otros tantos en Lausana.

De regreso en Champel, me sorprendió el estado de Joaquín. Extenuado, los rastros del insomnio eran visibles en sus mejillas y en sus ojos. Una sola alusión vaga de mi parte, bastó para provocar sus confidencias. En aquellas circunstancias, su alma, habitualmente muy discreta, sentía la imperiosa necesidad de la expansión... Y la expansión fué amplia, prolija. Estaba enamorado de María Eugenia...

— Desde que la ví me dí cuenta del peligro... Me sedujo antes de hablarla... Pensé

huir, pero una fuerza irresistible me retuvo...

— ¿Y por qué esa actitud?

— Porque mi dolencia me ha hecho formar el propósito de eliminar de mi vida á la mujer... Te lo confieso : mis proyectos intelectuales se inspiran también en esta idea. Los considero una buena arma para combatir toda inclinación sentimental... Es un caso de conciencia...

— Es un error de tu conciencia, le repliqué. Y además, impracticable. Enamorado, desecharás fatalmente esas ideas, absurdas, ó por lo menos, discutibles. Nadie tiene comprada la existencia. Los más fuertes suelen fallar primero. Tú, delicado, tienes más probabilidades de vivir, cuidando tu salud, que el hombre sano, desatendiendo la suya, por creerse invulnerable. En estas cosas hay prejuicios y no leyes...

Joaquín hizo un gesto ambiguo y continuó su relato :

— ¡Oh! he hecho una obra de voluntad incalculable. He afectado indiferencia, la he

evitado sin cesar... Pasaba mis días conversando con Clara; pero una fuerza superior llevaba mi pensamiento hacia María Eugenia... Tu conoces el dón de doble vista que, para estas cosas, poseen las mujeres. La única creencia dejada en mí por la frecuentación de las amigas, es que, á pesar de todo mi disimulo, Clara comprendió perfectamente mi interés profundo por su prima, y, lo afirmaría, ésta también...

— Y ellas, ¿qué hacían?

— Las dos se me presentaban como amigas, con más confianza, naturalmente, Clara, puesto que con ella mi actitud era más franca. María Eugenia vió, sin duda, mi sentimiento en mi mirada, pero sería una jactancia imperdonable de mi parte, si dijera que he advertido, ni un momento, en el fondo de sus pupilas, el más pequeño síntoma halagüeño. Su reserva era uniforme...

Acaso por pudor, Joaquín reservó para el final lo de mayor alcance : con pretexto de suministrar unos informes de viaje pedidos por

Clara, le envió á ésta una carta, una larga carta. Conservaba el borrador; me la leyó. Era una descripción de su vida en Champel después de la partida de las amigas. Bajo forma correcta, cada párrafo ocultaba una intención, cada línea despertaba algún recuerdo. Era un producto singular de esas horas febricientes de la vida, en que la cabeza se supedita al corazón. Pero... la carta iba dirigida únicamente á Clara...

Lo miré con sorpresa. Excitado, nervioso, Joaquín me pidió le dijera todo mi pensamiento. Y se lo dije:

— Me parece, querido, que esta carta es un error... La has escrito con el pensamiento en María Eugenia, pero contiene declaraciones para Clara. Clara posiblemente no creerá; ha de haber visto tu interés por María Eugenia. Pero ésta, aunque se haya dado cuenta de que ella te interesaba, lo cual es muy probable, habrá concluído, sin embargo, por ver en la carta, una declaración particular á Clara, y á la fecha, creyendo que has jugado con ella, ó

has titubeado al menos, te tendrá, como ellas dicen, por « un tonto », por « un tipo »...

No bien terminé de pronunciar estas palabras, me sentí arrepentido. Joaquín se puso lívido. Impresionable, magnificó su error, lo conceptuó un desastre. Y ese efecto doloroso venía á comprobarme los estragos que, acaso sin quererlo, había hecho María Eugenia en el corazón del pobre amigo...

El caso era explicable. Ese muchacho que, hasta los veintidós años, vivió casi por completo la vida disoluta, de escepticismo ligero y fáciles placeres, sintió de pronto, bajo la influencia de tan propicias circunstancias, en el retiro harto prolongado de las montañas de Engadina, crecer y abrirse en su alma la flor rara del puro sentimiento. Jamás había experimentado la pasión de una mujer. Así, los quince días de Champel, con aquella exquisita criatura, debían apoderarse fatalmente del soñador y del ingenuo, como lo era Joaquín, no obstante su inteligencia clara y su fina perspicacia...

Pocos días más tarde me dispuse á atravesar los Alpes é internarme en Italia. Hice mil esfuerzos para arrastrar á mi amigo. Parecíame que la vida de Champel iba á acrecentarle su tristeza. Temía un poco más : temía se lanzara en pos de las viajeras, á esos balnearios del Mar del Norte, perniciosos aún á su salud. Todo fué inútil : resolvió quedarse, — y no tuve otro remedio que emprender, solo y apenado, el viaje ideal, incomparable en el planeta, á las regiones del arte, de la poesía y de la luz...

En pleno invierno regresé á París. Después de varios meses de sensaciones y esfuerzos intelectuales, me animaba el deseo de reposar un poco en la vida amable y fácil de los bulevares y del Bosque. Pero una cruel noticia me apartó de las fiestas...

El mismo día de llegada, un amigo encontrado en el Vaudeville, me contó que Joaquín,

venido de Champel tres meses antes, pretendió resueltamente á María Eugenia, y que ésta, comprometida ya con otro compatriota, antiguo cortejante, lo rechazó...

El efecto, en Joaquín, fué formidable. Durante un mes desapareció de todas partes, para lanzarse luego á una vida vertiginosa de juego y de placeres. Buscó únicamente aturdimiento, pero, por desdicha, sus débiles fuerzas le faltaron. Ahora, devorado por una tísis galopante, se extinguía en un pueblito de las cercanías de París, en Ville d'Avray.

A la mañana siguiente, una de esas mañanas heladas y lluviosas del invierno parisiense, de esas mañanas grises que llegan hasta lo más recóndito del alma, llamaba yo á la puerta de un hotelito aislado, rodeado de jardín, en una calle solitaria de Ville d'Avray. Una conserje anciana, de fisonomía suave y ojos dulces, abrió la puerta y me introdujo en la pieza donde Joaquín, abandonado, sin familia, casi sin amigos, se moría...

Estaba en cama. Ya no se levantaba. Su

cabeza descansaba casi inerte en las almohadas. Destruído hasta lo inverosímil, parecía un espectro. Al reconocerme, trató de incorporarse, pero pude contenerlo. Tomé su mano descarnada y exangüe, é hice esfuerzos para no llorar... Él, entre tanto, con sonrisa muy dulce y resignada, evocó los recuerdos de Champel y el desenlace de París. Una ilusión falaz de moribundo iluminaba pálidamente su desgracia :

— Tenías razón... Aquella carta de Champel ha producido este final... María Eugenia me tuvo simpatía, pero esa carta la borró... Mi actitud de Champel fué un error... Yo debí cortejarla... A estas horas, sano y salvo, estaría con ella, — para siempre...

LA CARTA DE JOAQUÍN VALDÉS

Á Darío Herrera.

VIII

LA CARTA DE JOAQUÍN VALDÉS

Joaquín Valdés — el pobre amigo cuya silueta he procurado trazar en el capítulo precedente — me dejó, al morir, sus papeles.

— Si escribes alguna vez, me dijo, y crees utilizables algunos de ellos, tómalos... Pueden servirte quizá de « documentos humanos »...

Recuerdo mi impresión al oir hablar así á un moribundo... Joaquín era alma sin vanidad. Lo hacía por complacerme. En su desprendimiento final, tan hermoso, tan conmovedor; en su desprendimiento de todas las cosas de esta vida, parecía mirar su pasado como si fuera ajeno...

He vacilado, sin embargo. Pero los escrú-

pulos piadosos del primer instante, han cedido ante la idea de que esta carta, de pasión mal disimulada, acentúa el retrato de mi amigo...

~

Fechada en Champel, la dirección es : Señorita Clara Jiménez — Ostende.

Mi distinguida amiga :

. . . .

Podría reducirme á estos renglones y cerrar aquí esta carta. Pero recordando su pedido de que no me concretara á los informes, y, sobre todo, como me hago la ilusión — engañosa tal vez — de que todo el brillo de esa playa no las habrá desinteresado tan absolutamente de las cosas de Champel, por poco seductoras que ellas sean, dejo correr la pluma...

Le hablaré mucho de ustedes, le hablaré algo de mí. Me mueve á ello el deseo, quizá

un poco vanidoso, de escudriñar mi *yo* en lo relativo á dos seres que, en breve espacio de tiempo, han tenido en mis impresiones una vida intensa, luminosa. Y nada más á propósito para este análisis subjetivo, que la hora actual: les escribo por la tarde, mientras el dia muere, lentamente, dejando en lo creado la suave tristeza de la penumbra...

... Después de la partida, me quedé en la estación, mirando el tren alejarse, disminuir de volumen, perderse en el horizonte, bajo la alegría indiferente de ese sol matinal, que parecía complacerse en hacer resaltar la naturaleza en todo su esplendor...

A las doce emprendimos, mi camarada su excursión por el Lemán, y yo mi vuelta á Champel. Y este regreso, con la visión palpitante aún de ustedes, con el eco todavía nítido y claro del adiós, hizo acudir á mi cerebro los recuerdos; y mientras el coche trepaba, trepaba por las colinas, me entretuve en bordar

para mí solo, encajes de fantasía... Reviví, una á una, las horas de los días últimos, las horas de la víspera, las horas de esa misma mañana, tan brillante y, al propio tiempo, tan hondamente melancólica; de ese trayecto, en fin, encantador y triste; horas que han quedado, todas, resplandecientes en la intimidad del sér...

Ya en el hotel, pasé por el corredor y no pude prescindir de echar una mirada, un tanto indiscreta, á las habitaciones de ustedes. Daban la sensación de un robo, ó más bien, la de un cuerpo al cual de pronto le hubiese abandonado el alma... Entré en seguida al salón y me fijé en el espejo, en ese espejo donde usted y María Eugenia veían « alargarse » sus imágenes. Curioso: esta vez se alargaba la mía... se alargaba con expresión de mortal tristeza!...

Me refugié en mi cuarto. Procuré dormir, pero en vano. A las siete busqué, por corrección, la sociedad. No se imagina el aspecto del hotel. Yo mismo me sorprendí que la ausencia de tres personas pudiera convertirlo, á tal punto y repentinamente, de hospitalario y animado,

en tétrico y hostil. La señora de R. y su hija, leían diarios en su banco de la esquina; M. leía diarios sentado en una silla á la altura de los baños; G. C. leía diarios arrellanado en un sillón, junto á la puerta de su cuarto. Nadie más. Silencio monacal. Apenas, en los árboles, el murmurio de las hojas; — en todo, una calma tediosa...

Me aproximé á las señoras. Poco á poco se formó la rueda de costumbre. Casi todos me interrogaron sobre ustedes. Me limité á responder lo indispensable. Alguien me preguntó si la despedida había sido triste. Contesté que las despedidas en general son tristes, y que, naturalmente, ésta no había hecho sino confirmar lo que podría presentarse como regla. La reunión se prolongó, como siempre, hasta la hora de comer, con grandes silencios, con un no sé qué de aburrimiento latente... A las nueve estaba ya en mi cuarto, acostado. Necesité, sin embargo, tiempo y esfuerzo para conciliar el sueño...

Después, en estos días siguientes, he vuelto á mis papeles y á mis libros. Estoy trabajando

con ardor inusitado. He tomado nuevas notas y he releido las escritas en la última quincena; — están llenas de ustedes. Alegres y vibrantes, me han dado la impresión de no ser yo quien las ha escrito: en efecto, ahora me parece ya tan lejano y distinto de mí ese otro *yo!*... Y, también, me he sorprendido de los buenos elementos que, insensiblemente, he venido acumulando para los prometidos « retratos » de usted y de María Eugenia. Tal vez algún día, con toda espontaneidad, surjan por sí solos...

Entre tanto, las horas parecen más largas, el sol más lento, las tardes más melancólicas, más tristes. He repetido nuestros paseos crepusculares hasta la torre, pero he encontrado los paisajes, adustos y sombríos. Quizá sea por la ausencia de unas amigas que eran la sonrisa de estos cuadros...

¡Qué contraste entre este paseo y los que hacíamos juntos! ¿Se acuerda usted del último, la antevíspera de la partida? Llegábamos ya á la torre. Era al crepúsculo. El silencio que nos rodeaba, hacía más intensa y más dulce esa hora

callada y misteriosa de la tarde. Ni una nube en el cielo, claro todavía, mientras el valle y las montañas cubríanse del tinte violáceo precursor de la sombra. Ningún sér vivo, ningún extraño que alterara la amable soledad de los tres. Usted hablaba; hablaba como hasta entonces no la había oído, cual si por sus palabras pasara un espíritu nuevo, como si el espectáculo circunstante despertara en el fondo de su sér mil secretas armonías del sentimiento... María Eugenia, pensativa, ensimismada, miraba lejos. La belleza meditabunda del sitio, la misma luz desfalleciente, derramaban en su perfil, en su figura, un sereno prestigio idealizante, bajo el cual aparecían, á mis ojos, más impenetrables aún, todas las complejidades de su alma...

Yo la escuchaba á usted, miraba á María Eugenia, lleno también de pensamientos. Así los tres, en aquel instante propicio, dejábamos que nuestros espíritus establecieran la concordia de sus afinidades secretas con aquella vida exterior, grave y augusta...

El regreso fué silencioso. Usted misma se ha-

bía hecho impenetrable; María Eugenia parecía sumergida en el ensueño; yo saboreaba, con deleite, aquel religioso mutismo... ¿Qué pasaba, en ese momento, en lo íntimo de ustedes? He aquí algo que me pregunté entonces muchas veces, y vuelvo ahora á preguntarme, como si en ese minuto fugaz se hubiera compendiado el enigma de todos los sentimientos de nuestra amistad de dos semanas...

Pero, debo terminar. Me he extendido, insensiblemente, y noto que la pluma va haciéndose cada vez más indiscreta... ¿Seré muy ambicioso esperando una respuesta, — por lo menos cuatro líneas? Quizá la pretensión es grande, mas ustedes saben que me guía constantemente en la vida la idea de que, cuando depende de nosotros mismos, nada es imposible...

. . . .

JOAQUÍN VALDÉS.

BORDES DEL LEMÁN

Á José A. Campos.

IX

BORDES DEL LEMÁN

A las cinco de la mañana, Emilio, el criado, un suizo colosal, ingenuo como niño de diez años, llama discretamente á la puerta de mi cuarto :

— ¡Las cinco, señor, ya son las cinco!...

— Está bien, Emilio... Gracias!...

Y abandono, no sin pena, el blando lecho, tan propicio á la plácida quietud. Madrugada soberbia, bajo este cielo de estío, aún envuelto en las muselinas impalpables de la aurora. Respiro, con todas mis fuerzas, la brisa vivificante de los Alpes, que devuelve la agilidad á los extenuados de cuerpo y de espíritu...

Después del desayuno — *croissants* con miel de abeja, infaltable la última en los desayunos holandeses, alemanes y suizos, manteca y leche exquisitas — me voy, en tramway eléctrico, por estas lindas avenidas de Champel, repletas de *chalets* coquetos y jardines florecientes, bordadas de árboles seculares, cuyas copas inmensas resguardan del sol y de la lluvia.

En las calles de Ginebra, el sueño continúa, alterado apenas por el sordo chirrido de la máquina que me lleva, por el paso monótono de obreros con rumbo á su trabajo, y por algunas lecheras, semejantes, en la lozanía y el traje, á sus colegas de Bruselas. Me complazco en mirar á estas rollizas muchachas de los Alpes, frescas y rientes como el alba, con sus blancas cofias y sus negros corpiños, guiando, al eco de un grito cristalino en su lengua imposible, el lindo carrito, desbordante de tarros cobrizos y arrastrado por el perro vigoroso, montañés como ellas...

A las cinco y media, parto en el *Helvetia,* vapor minúsculo. Voy á Lausana, donde hoy debuta Eleonora Duse, después de habernos interesado, cuatro noches seguidas, en el Gran Teatro de Ginebra.

Desfilan los malecones de mármol y de granito, las famosas relojerías, los grandes hoteles « cosmopolitas », donde se reune la sociedad de extranjeros ricos y blasonados — auténticos ó no — ese mundo dudoso y brillante del turismo europeo... Luego, á lo lejos, dominando el horizonte, la cima eternamente nevada del Mont-Blanc. Grandiosa cumbre, que atrae, retiene, deslumbra la mirada! En este momento, su nieve se colora de rosa : es el anuncio del sol...

Nos dirigimos por la costa suiza. El *Helvetia* se desliza dulcemente... La sociedad de á bordo es escasa : unos cuantos ingleses, con su flema habitual y el Baedeker en la mano. Ya se sabe, los de siempre ; los mismos de los museos, pasando como máquinas, reloj en mano, frente á lienzos ó mármoles peregri-

nos. Parecen mirar sin ver, y los más grandes cuadros, que estremecen hasta las fibras secretas, los dejan imperturbables. Y viajan, sin cesar, en legiones, invaden el continente. Llégase á no advertir la existencia de turistas de otros países... Y mortifican. Se ponen por delante de mí cuando miro el paisaje, se apoderan de mi asiento momentáneamente abandonado, obstruyen todo el espacio con sus valijas y sus cajas, fuman en mis narices sus pipas siempre colmadas de pestilente tabaco...

... El sol asoma su cara detrás de las altas cimas, y resbala por la nieve su mirada de oro, hasta el fondo de los valles y hasta las aguas del lago, produciendo, al penetrarlas, efectos de luz maravillosos.

En los bordes suizos, que seguimos costeando, es un encanto mirar las *villas* opulentas y las míseras aldeas : las aldeas, perdidas en la sombra, entre florestas espesas, que trepan las montañas y no terminan sino donde la nieve

las ataja con su frío, ó la piedra calcárea reemplaza su esplendor; las *villas*, en la orilla misma del lago, mirando tranquilamente sus casas y jardines pintorescos, en el claro espejo de las aguas. He ahí el *Museo de Ariana,* destacando en el verde sombrío, su perfil elegante; Pregny, con el magnífico castillo de los Rotschilds; Genthod, en otra época retiro predilecto de grandes escritores ginebrinos...

... El lago, encerrado en límites estrechos — da la ilusión del Rin — se expande repentinamente. La pupila se siente aprisionada por la líquida masa gigantesca, de un azul de zafiro fundido, mientras en los demás lagos suizos, es verde puro, esmeralda...

Estamos en Coppet, en un oasis delicioso. Descendemos á visitar, en un cuarto de hora, el castillo de Madame de Staël. Veo la tumba, en el parque, próxima á la de su padre, el famoso Necker. Las dos son modestas, sencillas... El castillo no llama la atención sino por las

imágenes que evoca. Es sabido que aquí fué donde la mujer iluminada expió, como se ha dicho, las audacias de su genio; aquí vivió enclaustrada por Napoleón, á raíz del éxito del libro *La Alemania;* aquí rehizo su salón de París, su corte de adoradores, cabezas ilustres magnetizadas por la gracia de su espíritu y la seducción de su belleza : el torturado y afligente y preferido Benjamín Constant, Bonstetten, el Barón de Balke, Mateo de Montmorency, el príncipe Augusto de Prusia...

Volvemos al *Helvetia*. El verso de Chénier canta en mi memoria :

Tout a fui! Des grandeurs, tu n'est plus le séjour!

Y me esfuerzo en ahuyentar las visiones invasoras, porque es muy triste el recuerdo de las cosas irremediablemente muertas!...

... Pasamos por Celigny y por Nyon. La costa describe, lentamente, una curva gracio-

sa. En el fondo del lago, tras multitud de aldeas y pueblos, á la distancia esfumados, la cadena gigantesca de los Alpes levanta al cielo purísimo, sus níveas crestas atrevidas. Y el Cervin aparece, — el pico geométrico, de aristas filosas como cuchillos, la cumbre más difícil de escalar de toda la cordillera...

En Rolle, donde nos detenemos un instante, sube al vaporcito una pareja francesa. Dos enamorados parisienses. Se instalan cerca de mí y puedo cómodamente examinarlos. Él es un gomoso, « bien puesto », con refinamiento. Tiene « buen tipo », aunque un tanto afeminado. Ella, uno de esos prodigios de gracia, flexibilidad y fineza, que llevan la marca de fábrica de París. Está peinada « á la Cléo de Mérode », y vestida, como ellas saben hacerlo, adorablemente, con su trajecito gris de viaje y su sombrero de fieltro del mismo color, que le sienta á maravilla. Ha cruzado la pierna, mostrando, por cierto, hasta la liga. Hay que verla, con su gracia felina, las miradas sugerentes, insidiosas, de sus ojos gri-

ses, los movimientos tan peculiares de su personita escurridiza, modeladores, con un arte refinado, de todas las seducciones de la línea!...

Se les importa poco del paisaje. Hablan sin cesar. Ella, con su voz de pájaro, su risa clara — risa alegre, abundante, contagiosa — y esa rapidez de dicción, extraordinaria, de las mujeres de París, le cuenta mil historias multicolores y escabrosas del mundo turbulento del *Hôtel Beau Rivage,* de Ginebra. Y me mira, y mira á un inglés contiguo á mí, y mira al capitán que pasa, y mira á todo el mundo, produciendo la impresión de que si está « en los mejores términos » con su amigo, eso no le impide estarlo también con los demás...

... Ya dejamos atrás á Allaman, Saint-Preux y Morgues, — Morgues, pueblito á propósito para un retiro apacible...

Son las diez de la mañana. Divisamos el puerto de Ouchy, con sus inmensas arbole-

das... Pocos minutos más tarde llegamos á Lausana, — melancólica y amable, recostada voluptuosamente sobre dos ó tres collados, como una hermosa odalisca de Moreau descansando en sus cojines...

RECUERDOS DE COLEGIO

Á Vicente C. Gallo.

X

RECUERDOS DE COLEGIO

Era domingo. Estábamos de sobremesa, cuatro amigos. Uno de ellos, Lucio Vila, médico recién graduado, conversador anecdótico y fino, rememoraba los tiempos de colegio.

— ¡Oh! aquel año, en La Plata, exclamó de pronto, en el Colegio Nacional!... No he conocido clase más curiosa, más heterogénea. Había porteños, sanjuaninos, españoles, chilenos, hasta noruegos, me parece... — de todos los climas, de todas las razas. Había cojos, mancos, tuertos, sordos. Un desgraciado ostentaba, con eterna risa en los labios, una nariz *cyranesca*. Un grave señor catedrático comple-

taba la zoológica falanje, con un abdomen monstruoso. Era todo un asilo de maltratados del destino...

Sin embargo — y á Dios gracias — en ese panorama desolador no faltaba el grupito selecto : ocho ó diez, inteligentes, haraganes, de los que aprueban el curso á golpes de audacia...

Esa *élite* de cuarto y quinto año había constituído un pequeño club, que vegetaba en uno de los extremos de la ciudad, con poco más de cincuenta afiliados. En los estatutos figuraban los loables fines de « propender á la cultura intelectual, difundiendo el amor al arte, con lecturas diarias de los autores clásicos, estudios de las maravillas griegas y romanas »... y otras sinfonías celestiales, como « patriotizar » á la muchachada, moralizarla, etc. Es indudable que á cumplir tales proyectos, se hubieran obtenido resultados provechosos. Pero aquellos muchachos desbordados, en plena ebullición adolescente, trocaron al venerable Homero

por *Nana* y *La Tierra,* de Zola, á Virgilio y á Horacio por ambos señores Kock, y las demás obras serias fueron pronto reemplazadas por crudezas de la más procaz pornografía... Del patriotismo, ni que hablar... En cuanto á otras manifestaciones de moral, ya ustedes supondrán... ¡ Digno de verse las bandas « calaverescas », abismándose en el dédalo de tenebrosas callejuelas !...

Un mes después de mi llegada, me nombraron secretario. De acuerdo con el presidente — Sebastián Gugliel, « buen muchacho » — inicié una serie de lecturas de interés palpitante : *Los Girondinos, Atala, Los Miserables...* Sin embargo, el recurso se agotó muy pronto : los muchachos, cansados, desertaron. Entonces sugerí la idea de fundar un periódico...

Estábamos en invierno, — invierno polar...

De mañana estudiábamos lo indispensable para evitar « el cero ». Luego, á clase. Por la noche, á las ocho, nos deslizábamos á lo largo

de las heladas calles, solitarias y lóbregas, hasta cobijarnos, gozosos, en el confortable saloncito de *¿Los cómo se llaman?* — *¿Los cómo se llaman?* era el nombre del club !...

En junio apareció el semanario. Titulábase — naturalmente ! — *La Juventud Platense*... Auxiliados por un buen autocopista, obteníamos hasta doscientos ejemplares. Se vendían, con estrépito, en los recreos, en corredores y patios del colegio. Fué un éxito ruidoso. Pero, como todas las del género, la revista vivió poco, tres, cuatro meses...

Se acercaban los exámenes. Era tiempo de alistar pertrechos para la liza temible. Los semblantes adquirían sombras terrosas. Empero, anhelábamos despedir el año escolar con « algo extraordinario ». El club en masa meditaba...

...Recuerdo al celador de nuestra clase, un muchacho Jaime Funes. Alto, flacucho, de

mirada soñadora, negligente en el vestir. Vivía ensimismado... Observador implacable del maldecido reglamento, cuyas prescripciones no respetaba ni el rector, Jaime Funes era el tipo condenado á granjearse la inquina de los muchachos, formidable á veces como la de las masas populares...

Se le detestaba. Considerábasele un déspota cuya cerviz era necesario doblegar á todo trance... Funes « secaba á penitencias » ; trataba á casi todos con desdén, como á chicos colocados cien palmos bajo él. ¡ Y él era también estudiante del mismo curso !... Un deseo de venganza palpitaba en el corazón de los muchachos...

Yo defendía á Jaime Funes. Una tarde, después de clase, dispensóme un favor excepcional : me mostró una composición suya, una *Oda á Hernán Cortés*. Me pareció soberbia. Quedé deslumbrado. Desde entonces, Funes fué para mí el *Poeta* — mágica palabra... sobre todo en el colegio...

Y le hice propaganda, pero en vano. Se

guardaron de mí. Me inscribieron en el *Index*...

... Los enemigos urdieron sigilosamente una emboscada : una velada literaria, en el club. Se confabularon para propinar á Funes una inaudita silbatina. Falsos admiradores le pidieron su concurso. Funes, sin desconfianza, aceptó. Declamaría su *Oda á Hernán Cortés*. Y yo, ignorante, receloso al principio, engatusado después, creyendo al fin en la sinceridad de los muchachos, convencido del triunfo del poeta, de la consagración de mis pronósticos, contribuí, contribuí á todo...

Era en octubre, en plena primavera...

El saloncito del club estaba resplandeciente. En uno de los extremos, la mesa de lectura fué colocada á lo ancho; en el medio, un gran ramo de flores; diseminados, algunos libros de lujosas tapas; todo ó casi todo, préstamos circunstanciales de familia. Detrás de la mesa y destacándose sobre un fondo constituido por

un trofeo de banderas argentinas, el presidente y « académicos ». Al frente de este fastuoso grupo, extendíase un enjambre de muchachos, inquietos, charlatanes, zumbadores, adueñados de las sillas, ó de pie, apiñados. Las paredes exhibían retratos de hombres célebres. Una araña de varias luces iluminaba el cuadro...

Se sentía electricidad en el ambiente...

Por fin, Gugliel « declaró abierto el acto ». Lo hizo en un discursito enfático, inadecuado. Se oyeron ceceos... Pasaron otros discursos, aturdidoramente aplaudidos, con ese fragor que es patrimonio de los exiguos ciudadanos de colegio...

Jaime Funes púsose de pie. Silencio profundo. Declamó el primer canto. Se le hizo una ovación. Declamó el segundo, el tercero, el cuarto. Los aplausos disminuían gradualmente. Y, lo singular, en mi sentir la belleza de los versos aumentaba... Pobre Funes! Declamaba fuerte, con voz de pecho, metálica, voz de clarín, pero monótona, monótona...

Una impaciencia febril estremecía la sala. Un circunstante dió un silbido estridente. Fué la señal. Cien muchachos esgrimieron « pitos de sereno », y una silbatina homérica estalló... Jaime Funes, de pie, mudo, estático, contemplaba la escena con lividez cadavérica... Tres ó cuatro hicimos fuerza, nos abrimos paso y lo sacamos...

No he visto jamás, en hombre alguno, una desilusión más absoluta, — más trágica...

Pasaron varios años. Recluído en el hospital, en calidad de practicante interno, ignoraba la vida de aquellos condiscípulos, inclusive la de Funes.

Hace poco, un amigo, Jorge Paz, me llevó de paseo, á una estancia suya, aquí, en la provincia de Buenos Aires.

Nos disponíamos á almorzar. Yo concluía un capítulo de un libro.

— Llame al mayordomo, ordenó Jorge á un sirviente.

Se presentó el mayordomo. Levanté maquinalmente la cabeza. Pocas sorpresas más tristes : ¡Era Jaime Funes!

Estaba grueso, de barba cerrada, espesa, inculta. Sus ojos soñadores, soñadores siempre, miraban suavemente...

Nos dimos un apretón de manos...

En el almuerzo conté á Jorge los antecedentes de Funes. Jorge los conocía, más ó menos. Y lo estimaba. Me alabó, sobre todo, su competencia y su conducta...

— Es un mayordomo ideal, me dijo, satisfecho...

Una hora más tarde, solo con Funes, recordamos los días de colegio. Me habló de los condiscípulos, sin amargura visible. Después, refiriéndose á la velada aquélla :

— Ha sido mi gran lección, me dijo. Desde esa noche olvidé la métrica... Olvidé también la vanidad... Me vine al campo... Aquí me he casado, tengo hijos, vivo tranquilamente...

— ¿Y eres feliz?...

— No me siento desgraciado ... No leo, no busco, no ambiciono nada... ¿Para qué... todo?...

Lo juraría : aquel hombre me engañaba. En el fondo de sus pupilas ví la tristeza inextinguible del vencido...

HORAS DE TRAVESÍA

Á Francisco E. Correa.

XI

HORAS DE TRAVESIA

El mar, de una tranquilidad ideal. De tarde. Todo gris : cielo, agua. El barco parece no moverse. Temperatura suave, tibia. A lo lejos, adivinadas más que vistas, las costas del Brasil, más allá de Bahía...

Me estiro cómodamente en la amplia silla de tijera. La pereza... Y vienen los recuerdos, — la imagen de mujer... A poco mi espíritu flota en el ensueño... La veo, la veo siempre, fina y delicada. Sus grandes ojos verdes, luminosos, me acarician... me torturan...

Sin mareo, pero un cierto malestar. Experi-

mento crispaciones nerviosas, y una extenuación general que me anonada...

Mayo 24.

Frente á mí, comiendo, Monsieur Servin, un tolosano, — viejo solterón, muy vivo y ocurrente. Un « ironista », á ratos, de buena ley. Maneja el francés con destreza, con gracia. Y, ya se sabe, el francés, esgrimido por cierta gente, es arma terrible...

Sobre cubierta, con Servin.

— ¿Ha visto? me dice con cómica indignación, las parejas no se separan por nada en este barco. Estos hombres parece que no tuvieran costumbre de tener mujer. Creen que si no las cuidan se las van á quitar en el acto, aunque sean más feas que los siete pecados...

Algunos tipos :

El doctor Carelli y su señora. Médico italiano, bien reputado en Buenos Aires. Altísimo, flaco, muy moreno, muy feo. Ella, baja, gruesa, algo marchita, con ojos verdes, de mirar muy dulce. Me recuerdan, sus ojos, los otros ojos verdes, — los ojos luminosos que me obseden... Quizá no se parecen, pero como sigo lleno de los otros...

Mademoiselle Cyrano. La ha bautizado Servin. La nariz que puede suponerse... Inglesa, enjuta, seca. ¿Su edad? Todo un enigma : treinta, treinta y cinco, cuarenta años. Institutriz. Vuelve á su tierra después de ocho años de estadía y trabajo en la Argentina.

La corteja un rumano, moreno, de expresión vivísima, alevosa. Lo hace, sin duda, por mero pasatiempo. Y la inglesa, deslumbrada. Miraditas, monerías, cosas dulces. En pocos días háse animado la faz pergaminosa. De buen semblante, hasta rosada... Y Servin se deleita :

— Ya se rindió, ya se rindió Albión... la hosca...

El doctor Pintos, abogado bonaerense, en viaje de placer. Cuarenta años. Solterón, posiblemente crónico. Gordo, risueño, amable, maneras adamadas, gran farsante en el fondo...

Monsieur y madame Grand, los dueños de la gran casa de modas. Francés listo, vividor. « Ha hecho la América ». Ella, en un estado de maternidad tan alarmante, que constituye una preocupación, un tema de todo el mundo á bordo. Ayer, mañana de neblina, repercutió de pronto el silbato de la sirena. Servin, rápido, con cara de persuadido : « *Voilà, c'est madame Grand...* » Sin embargo, madame Grand llegará tal cual...

Una frase de madame Grand : « El mar está muy *chic* »...

Plat canaille — expresión predilecta de Servin, aplicada á los platos cuyos efectos resultan formidables...

Mayo 25.

Hoy, aniversario patrio, pequeña fiesta. Comida especial, champagne, brindis. Los inicia el doctor Larroque, médico del buque, gran melena, grandes gafas, curiosa figura de sabio... marino. Habla el doctor Carelli, un discursito regular, no mal dicho y evidentemente preparado de antemano. Extendiendo el brazo por encima de los comensales y recorriendo con mirada breve é inquisidora todos los rostros, dice : « Si pudiera penetrar en vuestras almas, encontraría tal vez, como sentimiento dominante, el deseo de llegar... »

— En Mademoiselle Cyrano ni pizca, me sopla Servin. ¡Qué ha de querer llegar!...

« ... Brindo, concluye, porque todos realicen los fines que se han propuesto en su viaje. »

Servin sonríe — sonrisa vaga, acaso irónica...

Un ruso, del otro extremo de la mesa, de asiria barba negra y mirada fosforescente, brinda por la Argentina y... por el Comandante — asociación fatal. El Comandante, ruborizado, agradece con la cabeza, transparentando así sus raras aptitudes oratorias...

¡Qué ansia de llegar! Cuento prolijamente los días que aún faltan... Falta una eternidad...

Junio 1°.

En el puente, con Servin. Llueve. Mar agitado. Calor sofocante. Y ya hemos pasado la línea ecuatorial...

El tópico de Servin : la inevitable comedia humana. Divaga.

Más tarde se « diseca » á sí mismo :

— Mi mayor placer es quedarme solo, en mi casa de Tolosa. Únicamente entonces me despojo de mi máscara...

Mira el mar...

— He llegado á la edad, añade, en que nada se envidia ni desea. He conseguido así la completa serenidad, que en la tierra es lo mejor...

¡ Quién penetra el alma de este viejo y discierne si dice su verdad !...

Después, echando una mirada al pequeño mundo diseminado en el puente :

— ¿ Ha visto? Las parejas juntas, siempre juntas... Francamente, es singular. Estoy entusiasmado... ¡ Si hasta me dan ganas de casarme !...

Y se ríe, con su risita picaresca de lobo viejo...

Se le cae una naranja á una joven de « se-

gunda ». Casada. Buena moza. Está sola. Me precipito y se la entrego. La recibe algo confusa. Servin me cuenta que el marido, un cerrajero, le lleva treinta años por lo menos. Ella es una niña. Y vive soñadora...

Servin, murmurador, murmura :

— Bovary de baja estofa...

Junio 2.

... Un día menos, pero mi tedio y mi cansancio aumentan — fabulosamente. El mar mismo no siempre me distrae. Siento el hastío de la vida de á bordo — el hastío invencible y mortal de las mismas caras, de los mismos individuos, que me miran, me escudriñan, me juzgan... Ah! concibo la travesía en yate, con la mujer soñada!...

Se columbra vagamente una montaña, por el Cabo Verde, á 30 millas de distancia. Servin, con sus ojos de viejo, no distingue. Y por-

fía : « Con buena voluntad uno ve lo que quiere, dice. No hay que alucinarse, amigo mío. » — Alucinarse, que él pronuncia *al-lucinarse,* es una de sus palabras.

Leo, leo, leo incesantemente. Y entre las líneas de la página, y en la espuma de las olas, y en el horizonte, y en el cielo — los grandes ojos verdes, luminosos...

Junio 3.

Chichi. Una figurita, el chico, reventando de gordo, con su blusa blanca, su pantalón corto, azul, sus piernas torneadas, sus mediecitas á cuadros, los zapatitos rotos. Muy rubio, ojos azules, fresco como una aurora...

« Los dos grandes desdichados », dice Servin refiriéndose á él y á mí, porque Carlos, el mozo del comedor, nos sirve siempre los últi-

mos, á pesar de las propinas. Hoy, por excepción, un guiso que nadie toma. Llega á Servin intacto. Y Servin cree, ó se hace el que cree, que Carlos lo sirve á él primero. Y se desata — un feliz regocijo. Asegura que Carlos se ha mareado ó se ha enamorado de Madamoiselle Cyrano, porque sólo así se explica que le ofrezca á él primero, — á él, pobre desheredado que recibe siempre lo restante... Alguien le advierte :

— Usted se engaña, Monsieur Servin. Nadie ha hecho los honores á ese plato...

Entonces, su expresión fisonómica, de primer orden. É incomparablemente dicho un :

— Oh! ¿por qué me desilusionan?

Uno de los circunstantes opina, á la salida, con la mayor seriedad :

— Para mí, ese hombre ha sido cómico.

Y reflexiono. ¿Por qué no?... Su pasado, nadie á bordo lo conoce, y él ni lo menciona, — él que vive indagando el de todos los demás. Lo único sabido es que, no obstante las apariencias, es hombre de dinero. Pero todo ésto,

por cierto, no significa mucho. Lo sugerente, más que su rostro mismo, es su destreza cómica, — rara, escénica...

— ¿Siente usted olor de ácido fénico? pregunta madame Grand.

— Es el doctor Carelli, replica Servin sin vacilar, *il a rougi*...

Y el pobre doctor Carelli, que no pensaba enrojecer, enrojece — íntegro...

Junio 5.

Tómbola. A la noche, concierto y baile, sobre cubierta. Saturado de todo y de todos, prefiero el camarote. Pero no me dejan dormir, con su música, sus risas, sus cantos... De súbito, buena voz de barítono, que mece momentáneamente mi fastidio. Pero, qué aplausos, Dios mío, qué aclamaciones!...

Junio 6.

Frente á Tenerife. Después de tantos días de cielo y agua, agradable el efecto de tierra. Mucha indulgencia para esa Santa Cruz de Tenerife, abigarrada y miserable. Sus casas, primitivas, recuerdan las de cartón pintado de los viejos nacimientos de navidad. Su fortaleza, irrisoria. El único letrero que distingo : *Matadero Público*. Y, completando el programa : no nos admiten, por... la fiebre amarilla de Buenos Aires!

Otra vez en marcha. El cielo, de estaño. Mar gruesa. El buque danza sobre el oleaje... A cierta distancia de Santa Cruz, un caserío, y más lejos otro, diminuto. La vida que ha de hacerse por ahí!...

A la extremidad de la isla, un faro, enorme,

fulgurante. El Vizconde *** — auténtico — cuyos deseos de estrechar relación son evidentes, se aproxima á nosotros y nos cuenta que hace tres ó cuatro años, un vapor de pasajeros se estrelló contra esas rocas, y de ahí la instalación del faro... Después, cuando se va, Servin me dice :

— Este vizconde, sí, muy vizconde, pero... tonto, un nene. ¿No ha visto? Las mujeres se lo « fuman ». Y enamorado, un gran enamorado... Le hace la competencia al rumano... Y hasta la inglesa se lo fuma!...

Junio 7.

A las 4 de la mañana — esfuerzo homérico que constituye hoy mi orgullo — en el puente, para ver el estrecho. Helo ahí. El peñón de Gibraltar, rígido, abrupto. La vieja historia de España...

Frío, mucho frío. El agua gris, plomiza. A nuestra derecha, vagamente, Tánger la blanca... Pensar que entramos al Mediterráneo!

Impresión extraña — y honda. Pensar que he soñado tantos años con todo ésto!...

8 a. m. — A la izquierda, lejos, en la bruma, las costas españolas. Montañas áridas, hostiles... Algunos caseríos. El agua, verde. El cielo, pálido, casi blanco...

Mañana estaremos en Marsella. Experimento, una vez más, la sensación del fin de todo — irremediable. Hace quince días parecíame que el viaje no concluiría nunca, y ya á veinticuatro horas de marcha...

11 p. m. — Apago la luz y procuro dormir. Vuelta á encenderla, para comprobar que es ésta la última noche de navegación... Echo un vistazo de adiós al camarote, al « ojo de buey », al salvavida, al techo blanco, á las blancas paredes... Incesante, el ronquido de la hélice; pero tranquilo, muy tranquilo el movimiento; — apenas si se percibe la marcha...

Insomne. Excitación. Colosal, la idea de estar mañana en París!... Todos los sueños del pasado cantan de nuevo en la memoria : la vida, el arte, los placeres de París!...

A las 3, á las 4, dormito — dormitar agitado, nervioso : la vida, el arte, los placeres de París!...

Junio 8.

11 a. m. — Desde el alba, en el puente. Efervescencia. Lista, radiante, la humanidad de á bordo. Sólo Servin, grave, sombrío casi, sincero, me dice :

— Todos están alegres, y yo, que me distraigo en viaje y en tierra me fastidio, triste como un muerto...

Y me da lástima, mucha lástima, el pobre viejo sin afectos, sin ilusiones — sin mis ansias deliciosas y profundas, sin mi fiebre de París, que me ha vuelto, devoradora...

El buque avanza, lentamente, hendiendo las aguas verdes...

... El Castillo de If. Oh! Monte-Cristo!... A nuestra izquierda, las fábricas, humeantes, esparcidas en las colinas; al frente, Marsella, con sus techos rojos, coronada por Notre-Dame de la Garde; á la derecha, distante, el Castillo de If...

Ya en Marsella. Realización del sueño — de los sueños... Mañana de mañana, á las 9, en París!...

PERFIL PERDIDO

Á Enrique Uriburu.

XII

PERFIL PERDIDO

Crepúsculo de invierno. Llueve, lentamente. En su sala de lectura, en un sillón, junto á la ventana, Horacio Lastra fuma, ensimismado, aburrido. Hace varios meses que ha vuelto de París, donde residiera largo tiempo, y siente la nostalgia del medio incomparable... Rico, sus treinta años han transcurrido en el ocio, en la vida fácil, en los placeres ardientes y fugaces. No ha consagrado su inteligencia á nada que requiriese esfuerzo y pertinacia. Saborea la vida con refinamiento. Es lector. Discierne en pintura, en escultura, en música. Ha viajado, á guisa de diletante...

Acaso, en los primeros años, algo pasional.

Pero fugitivo. Desde temprano tramó su filosofía, radicándola enteramente en el placer. Buscó el placer, en todas las formas imaginables; lo femenino, sobre todo, — en París, desde el Bosque hasta Montmartre. El físico y también el alma, — la parte del misterio, del enigma...

— Esta tierra es casi inhabitable, murmuró.
... Un lazo lo ataba á Buenos Aires : la madre, anciana, enferma.

... Enervado, tras largas horas de ensueño y de fastidio, llamó, hizo encender la luz, abrió un cajón del escritorio, al alcance de su mano, y tomó un cuaderno voluminoso, con tapas de cuero negro. Era su *Diario,* lo único que su incurable pereza le permitía hacer...

Lo recorrió. Pasó páginas y páginas de letra pequeña, apretada : horas de viaje, por

Holanda, por Alemania, por Austria, solo, obedeciendo á la propia fantasía... Después, detúvose y leyó :

París, junio 16.

De vuelta de la Exposición...

... Subo á un ómnibus, al propio tiempo que una muchachita deliciosa. En el trayecto entablamos un intercambio amable de miradas. El *flirt* no admite duda, aunque ella lo haga con bastante discreción. Muy interesante, muy bonita, — ojos verdes, fino perfil de parisiense...

Pasan los grandes bulevares. Llegamos á la Bastilla. Desciende. La abordo. Trabamos conversación. Me averigua mi origen, mis quehaceres, mis proyectos. Resulto español y abogado, recientemente recibido. Me paseo para completar mis estudios. He viajado ya bastante... Ella es *plumasière*... Trabaja en la rue 4 Septembre. Me cita para mañana, á

las 7 de la tarde, en el ángulo de esa calle y de la Avenida de la Ópera, en el *Comptoir d'Escompte*, « bajo el reloj »... No faltaré, ciertamente. Le estrecho la mano y tomo un coche para regresar...

Martes 17.

... A las 6 y media, en la esquina, esperando á mi amiga. A la hora justa llega. Un encanto. Vestida como ayer, con su saya roja obscura, su chaquetita negra, al talle, y un sombrero de paja negra, con plumas negras, — todo « fabricación » de ella misma, á no dudarlo. Silueta clásica de parisiense, como se lo digo espontáneamente...

Seguimos por la rue de la Paix. Sus ojos van á las espléndidas vidrieras... Atravesamos la Plaza de la Concordia. Quiere irse en vaporcito. Le propongo un coche. Rechaza. Reitero.

— ¿Pero no me besará?

Me río :

— No la besaré...

— ¿Seguro?

— Seguro...

En coche, á lo largo de los *quais*, rumbo á la Bastilla...

Se llama Marta Briatte. Tiene dieciocho años, madre y un hermanito. Me refiere algo de su historia, trivial, por cierto, y probablemente urdida... Dos años de colegio y cuatro de *plumasière*. Ni un novio ; uno que otro amorío sin consecuencia. Es seria ; quiere ser siempre seria. Trabaja para ayudarse. Su madre tiene una pequeña renta. El chico es adorable...

De improviso me pregunta :

— ¿Quiere que seamos como hermano y hermana?

Sonrío. Insiste :

—¿Sí?

— Como usted quiera...

La miro en los ojos. Lo confieso : no percibo... Ah! los que cultivamos con amor las cosas de París, nos jactamos de tener alma

parisiense. Y cómo se nos escapa el fondo mismo de una almita parisiense!...

Miércoles 18.

Tarde estival. En el cielo, pleno azul. Temperatura cálida, que hace sentir la vida...

A las 7, en la esquina, de facción. Vuelta á los años de ya lejana adolescencia...

Llega. Seguimos á pie, por la Avenida de la Ópera. Habla poco y casi no me mira. Cohibida, lo cual me sorprende. Le reprocho dulcemente su mutismo. Me dice que le duele la cabeza. No le creo; me fastidia...

La invito á tomar un coche, como ayer. No quiere. Me pide, en tono resuelto, que la acompañe en vaporcito. Acepto, sumisamente.

— *C'est gentille, ça*... me dice con la cara iluminada.

Esperamos el vaporcito, en el puente de la Concordia. Llega repleto de obreros de la Exposición. Desiste, pues. No queda mas que el coche; se decide. Ahora va encantada, — y

expansiva... Me cuenta con su deliciosa pronunciación gutural, la vida de los talleres, de los bulevares y de los teatros, — de los teatros, adonde suele ir, con su madre, pocas veces. Me dice que desearía tener fortuna, no trabajar, aunque su trabajo es un « juego de niño »...

... Un impulso de tomarle la mano, pero me contengo. Y se lo digo. Entonces, un movimiento franco y la abandona entre las mías...

Elogio los atractivos, los hechizos de la parisiense, ese algo indefinible, que la hace tan superior á las demás... Se entusiasma. « ¿No es cierto? ¿no es cierto? » Y yo confirmo, escudriñando hasta el fondo de sus ojos, detallando toda su figurita encantadora...

Llegamos; descendemos del coche, y seguimos á pie, por la Avenida Daumesnil, á la altura de Vincennes... A su lado, aspiro el perfume que de ella emana, como un efluvio de flor fresca... Le pido un beso, con promesa solemne de no pasar de allí. Rehusa ; insisto ; se pone seria...

Nos separamos en armonía, pero cabizbajos...

Viernes 20.

... Mi amiga Marta. Vestida como ayer — el *chic* nativo... Está de pie, á pocos pasos, dándome la espalda. Me dice que ha pasado por mi lado y no la he visto. ¿Será verdad?

Seguimos el trayecto habitual. Se informa de mi día. Le aseguro que he pensado en ella sin cesar. Y, lo curioso, es cierto. ¿Comienza la obsesión? Es sorprendente. Creíame inmunizado, por algún tiempo al menos...

Al cruzar la plaza del Carrousel y el Jardín de las Tullerías, admiramos el magnífico crepúsculo... Me pide la acompañe á pie, hasta su casa, — una legua, tal vez más!... Es, como todas las de su clase, infatigable. Con razón las llamaba Daudet : « muñecas con resortes de acero »...

Por la Cité. Al pasar uno de los puentes del Sena, nos detenemos ante el cuadro de la no-

che que llega : arriba, la serenidad vasta del azul, ya invadido por las sombras; abajo, el rumor decreciente de la ciudad, que abandona la faena; en el aire, una paz de ensueño. La agonía crepuscular proyecta la silueta del puente próximo sobre el agua, más clara á medida que se espesa la penumbra, y acribillada por las múltiples luminarias circundantes... Marta me habla, con emoción, de espectáculos análogos, contemplados, otras tardes, desde el vaporcito...

Renuevo mi pedido del miércoles; rehusa, en tono decisivo. No disimulo mi contrariedad...

Noche cerrada. Atravesamos uno de los puentes más lejanos del Sena, el de Austerlitz, quizá. Está solitario, sombrío. Yo, los ojos en el suelo, demudado. Ella me espía, muy de soslayo. Cuando la miro, vuelve con rapidez la cara.

... Al llegar á la esquina de su casa — primera vez que me aproxima tanto — por uno de esos curiosos juegos del alma, frecuentes en estos casos, nos encontramos en mejor situación, casi reconciliados. De pronto le pregunto :

— ¿Quiere que la espere mañana?

— Sí, contesta con espontaneidad y manifiesto placer. Pero se arrepiente en seguida, y añade:

— Si á usted le agrada...

— No, le digo, si usted quiere...

— Sí, quiero.

Ya estamos amigos. Hablamos con jovialidad, de otras cosas. Después:

— A pesar de sus protestas, usted ha de tener un novio...

— No estaría con usted si lo tuviera.

— ... Lo indudable es que yo estoy enamorado y usted nó...

Me mira en los ojos, exquisitamente. Por fin responde:

— ... No lo detesto.

Domingo 22.

... A la 1 y 1/2 en la Gare de Lyon, esperando á mi amiga Marta. Aparece, con su paso furtivo de parisiense. Endomingada, pero sumamente *chic*. Sombrero de paja, con flores; trajecito blanco, leve y sencillo: una delicia.

Tomamos un coche :

— ¡Á la Exposición!

Día tibio. La primavera en todo su esplendor. En los árboles, el verde intenso. Efluvios de juventud. Amor y alegría en el aire... Oh! París!...

En la Exposición.

... Frente á los dos palacios, me da, con un instinto artístico admirable, la nitidez de visión que me ha faltado. Encuentra al *Grand Palais*, más bello, y al *Petit Palais*, más bonito, más coqueto. La diferencia, sentida y expresada con toda seguridad, es sorprendente

en una chica de dieciocho años, sin estudios, sin lectura y que los ve por la primera vez. Es la intuición feliz de este pueblo educado en la belleza...

La hablo sin cesar, sintiendo el placer, no exento de vanidad, de pasearme con ella... Ya algunos se han dado vuelta, á mirarla. Y he oído claramente :

— *Ravissante!... Charmante!...*

La noto algo suspensa. No me mira casi, sobre todo cuando, con los míos, busco sus ojos...

Recorremos la calle de las Naciones. Le gusta el pabellón de Italia. Creyó que sería charro. Le parece armonioso. Encuentra frío el de Turquía... Entramos al de Bosnia. Poco que ver : un interior de hogar y la representación panorámica de una aldea. Pero lo interesante es un grupo de tres mujeres, tra-

... A las 6, en los *Cadets de Gascogne,* bebiendo cerveza. Hace cuatro horas que estamos en la Exposición. Marta me declara que ha pasado una tarde como no esperaba, una tarde inolvidable. Y me la agradece con calor, con efusión. La miro en los ojos, buscando el alma. Y retribuye. Está contenta. Se ríe, y habla, habla... Repite mis palabras, — el juego pueril y tentador. Me llama *Monsieur Sans Doute,* porque ha observado que *sans doute* es mi palabra « favorita ». Y yo se lo devuelvo : *Mademoiselle Bien Sûr,* que es la de ella...

Todo el mundo se desbanda...

... De regreso, en coche descubierto. ¡Qué final de tarde más divino! Cantos, alegrías, amor, mucho amor en las brisas... En el poniente, las violetas del crepúsculo...

Le tomo la mano. La abandona entre las mías...

Descendemos. Seguimos á pie. Nos detenemos á mirar avisos ilustrados pegados en un muro. Uno de ellos representa una parisiense atravesando un bulevar. Me la señala y me dice : « Es elegante, la parisiense, no es cierto? » La elogio, con convicción, y se complace. Repite mis palabras, los ojos en los ojos... Por fin, en plena calle, un beso...

Y eso fué todo...

Horacio Lastra abandonó el cuaderno. No había escrito ni una palabra más al respecto. Las notas sucesivas, fechadas quince días más tarde, á bordo del *Cap Roca*, se referían á incidentes de la travesía.

Encendió otro cigarro y continuó fumando. Volvió á quedarse ensimismado... Acariciaba, en la memoria, la silueta encantadora. Veía sus ojos verdes, tan lindos, tan llenos de

alma; y su boca, roja, delicada. Oía las inflexiones de su voz, su risa, el francés gutural, tan gracioso. Recordaba sus gustos, su manera de pensar, su idiosincracia... De todas las mujeres que conociera en París, desde el Bosque hasta Montmartre, Marta, la más humilde, pero también la menos contaminada, era la única que le había rozado, un poco, las fibras íntimas... Sí, peligrosa... Hubiera podido aprisionar, quizá, su alma sin horizonte, fatigada y errante...

Buenos Aires — Rosario, 1902

ÍNDICE


LIBRARY